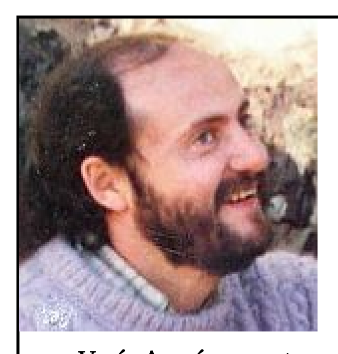

AXXÓN
NUMERO 0

Axxón 0, septiembre de 1989

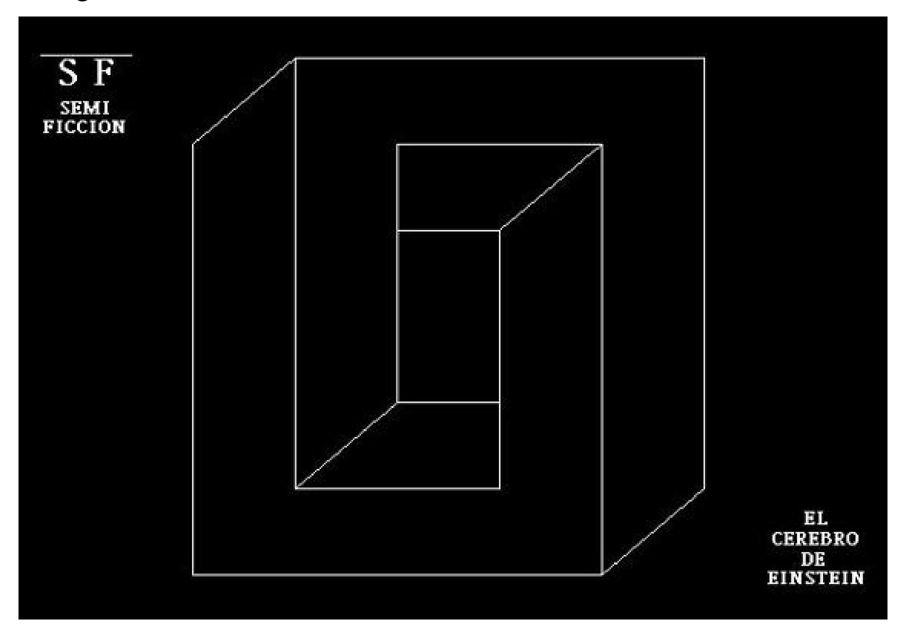
Editorial - Axxón 0



Y sí, Axxón es otra revista de CF. Aunque Axxón venga en un diskette y se lea en una computadora, no deja de ser otra más entre muchas. Claro que Axxón tiene una ventaja: no implica más gastos para sus editores que el tiempo invertido en hacerla (que como todos sabemos, es algo que nunca se recupera). Axxón, en consecuencia, será un fantasma compuesto de electrones que se distribuirá gratis. Si contamos con el afán de coleccionista que anima a todo poseedor o usuario de computadoras, tal vez haya quienes obtengan su copia sólo por eso —porque no hay que pagar —, y luego la "hojeen" por curiosidad. Si logramos despertar su interés como para que nos pida el próximo número, estaremos más que satisfechos. Y como todo esto suena extraño en una sociedad donde todo se paga, nos apresuramos a aclarar que todas, absolutamente todas las demás revistas de CF que se hacen por aquí sólo dan ganancias a los fotocopistas y pérdidas a sus editores, aunque los lectores paguen por ellas. De modo que Axxón será una afortunada, ya que estará hecha de la misma manera que las otras —por pura afición, locura y tozudez—, pero no nos vaciará los bolsillos. Tal vez esta sea una buena clave para la supervivencia y —lo más importante— para la posibilidad de llegar, de recuperar a tantos "perdidos" y acercarlos de nuevo al género. Esta es la única intención —que compartimos con muchos otros fanas de este pequeño mundo de literatura despreciada—: poner la CF que se escribe y ha escrito aquí —en un preponderante primer lugar— y también la CF que se escribe y ha escrito en todos lados de nuevo al alcance de esos míticos, misteriosos y desconocidos seguidores de la CF que compraron miles de ejemplares de Más Allá, Nueva Dimensión, El Péndulo o Minotauro antes de que, cada uno en su momento, los editores las declararan mal negocio.

Conversación con el cerebro de Einstein

Douglas R. Hofstadter



Tortuga y Aquiles se encuentran por casualidad junto a uno de los grandes estanques octogonales de los Jardines de Luxemburgo en París, donde los chicos de ambos sexos solían jugar con sus barquitos y hoy en día, con embarcaciones motorizadas y controladas por radio. Pero esto no viene en realidad al caso. Es un hermoso día de otoño.

Aquiles: ¡Tortuga! Creí que habías vuelto al siglo V antes de Cristo.

Tortuga: ¿Y tú? En mi caso, yo suelo pasearme por los siglos. Es bueno para el bazo y además, me descansa mucho en un hermoso día de otoño caminar entre los arbustos y los árboles, viendo cómo los niños crecen y mueren, sólo para que los suplante una nueva generación de seres humanos igualmente sin seso, pero en general los mismos seres humanos de siempre. Ah, qué tormento debe ser, ser miembro de esa especie de débiles mentales. ¡Ah… perdona! En realidad olvidé del todo que estaba hablando con un miembro de la noble raza. Claro que tú, Aquiles, eres sin duda una excepción a la regla (con lo cual la pruebas, como afirma la “lógica” humana

común). De vez en cuando se te ha atribuido haber hecho comentarios realmente perspicaces sobre la condición humana. (¡Aun cuando fuesen hasta cierto punto más o menos accidentales y sin intención!) Considero un privilegio haberte conocido a ti, Aquiles, entre todos los miembros de la raza humana.

Aquiles: La verdad es que eres muy amable al hablar así de mí. Estoy seguro de no merecerlo. Pero volviendo a nuestro encuentro fortuito, estoy aquí para correr ciertas carreras a pie con un amigo. Pero no apareció, de modo que no puedo menos que pensar que estudió sus posibilidades y decidió pasar su día en forma más provechosa. Aquí estoy, entonces, sin nada que hacer en especial, con un día de ocio para pasearme, observar a la gente (y a las tortugas) y cavilar sobre temas filosóficos, que como tú sabes, es algo que me encanta.

Tortuga: Ah, sí. Y la verdad es que yo también he estado reflexionando sobre unas ideas bastante divertidas. ¿No querrías compartirlas conmigo?

Aquiles: Me encantaría. Es decir, me encantará siempre y cuando no me aprisiones en una de tus maliciosas trampas lógicas, Tortuga.

Tortuga: ¿Trampas? No, me juzgas mal. ¿Sería capaz yo de hacer algo malintencionado? Soy un ser apacible, no molesto a nadie y llevo una vida tranquila y herbívora. Y mis pensamientos no hacen más que vagar entre las peculiaridades y vueltas de las cosas (tal como las veo yo). Yo, humilde observador de fenómenos, marcho lentamente y lanzo mis tontas palabras al espacio sin mayores pretensiones, diría. Pero para tranquilizarte en cuanto a mis intenciones, no pensaba hablar de otra cosa que de cerebros y mentes en este hermoso día. ¡Y como sabes bien, ciertamente esas cosas no tienen nada… absolutamente nada que ver… con la lógica!

Aquiles: Cómo me tranquilizan tus palabras, Tortuga. Y en verdad siento curiosidad. Quiero escuchar lo que tienes que decir, aun cuando no sea nada espectacular.

Tortuga: Qué alma tolerante eres, Aquiles. Sólo cabe elogiarte. Bien, estamos por tratar un tema difícil, de modo que me aproximaré a él muy despacio, por medio de una analogía. Seguramente conoces los llamados “discos” musicales, ¿no?… Esas especies de platos con surcos en los cuales están grabadas unas líneas muy finas, casi microscópicas.

Aquiles: Sin duda los conozco. Guardan música.

Tortuga: ¿Música? Yo suponía que la música era algo que se

escuchaba.

Aquiles: Sin duda, sin duda. Pero podemos escuchar los discos.

Tortuga: Me imagino que sí. Si te los pones contra la oreja. Pero deben hacer una música muy silenciosa.

Aquiles: No, Tortuga. Sospecho que bromeas. ¿Nunca escuchaste música depositada en un disco?

Tortuga: La verdad es que a veces mirar ciertos discos me ha

inspirado para tararear alguna melodía. ¿Te refieres a eso?

Aquiles: ¡No! Verás. Los colocas en una bandeja giratoria y apoyas una púa fijada al extremo de un brazo al surco exterior y… bien, los detalles son algo que no domino, pero el resultado es que oyes los sonidos gloriosos de la música que brota de un aparato llamado parlante.

Tortuga: Veo pero, a la vez, no veo. ¿Por qué no usas simplemente el parlante y dejas el resto de los aparatos?

Aquiles: No… la música no está conservada en el parlante, ¿sabes?, está en el disco.

Tortuga: ¿En el disco? Pero el disco está allí todo a la vez. La música, tal como la conozco yo, llega despacio, un poquito a la vez. ¿O no?

Aquiles: En ambos casos tienes razón. Pero aun cuando el disco esté "todo a la vez", como tú lo expresas, podemos extraer los sonidos poco a poco. La idea básica es que la púa pasa a lo largo del surco y,

a medida que lo recorre, la púa vibra apenas en respuesta a esos diseños muy finos a los cuales te referiste antes. De alguna manera, estos diseños son sonidos musicales codificados, que se procesan y pasan al altoparlante, para llegar a tus oídos atentos. Así podemos oír la música, ni más ni menos como dijiste, "un poquito a la vez". El proceso entero es algo extraordinario, diría yo.

Tortuga: Por lo menos, es extraordinariamente complicado. Esto lo admito. Pero, ¿por qué no haces lo que hago yo, colgar el disco en la pared y disfrutar de su belleza toda a la vez, en lugar de hacerlo en pedacitos liberados a través de un período de tiempo? ¿Es, acaso, porque hay un placer masoquista en liberar algo poco a poco, tan despacio? Siempre me opuse al masoquismo.

Aquiles: Creo que has interpretado completamente al revés lo que es la música. Verás. Está dentro de la naturaleza misma de la música propagarse a través de un período de tiempo. No gozamos de

ella en un estallido súbito de sonido… no es posible, ¿sabes?

Tortuga: No, supongo que a uno no le gustaría oír un gran ruido penetrante —la suma de todas las partes— en un instante breve. Pero, ¿por qué no pueden ustedes, los seres humanos, hacer lo que hago yo —es una idea tan simple— colgar el disco en la pared y absorber todo el placer con los ojos, de una sola mirada? Después de todo, están todos en el disco, ¿no?

Aquiles: Me sorprende que digas que hallas la superficie de un disco diferente de la de otro. Para mí todos tienen el mismo aspecto. Como me ocurre con las tortugas, más o menos.

Tortuga: ¡Vaya! Ni pienso dar categoría a ese comentario respondiendo nada. Sabes que son tan diferentes como, digamos, dos composiciones musicales, una de Bach y una de Beethoven.

Aquiles: Yo los veo muy semejantes.

Tortuga: Te recuerdo que fuiste tú quien admitió que las superficies mismas de los discos contienen toda la música… así, si las dos piezas musicales se diferencian tanto, las superficies de los discos también tienen que ser diferentes, y en la misma medida en que se diferencian las piezas, además.

Aquiles: En eso tienes razón.

Tortuga: Me alegra que lo reconozcas. Entonces, puesto que toda la música está en la cara del disco, ¿por qué no la captamos de una mirada, por lo menos con un rápido examen visual? Sin duda nos proporcionaría un placer mucho más intenso. Y deberás reconocer que cada parte de la selección musical está en el lugar correcto. La relación entre las partes no se pierde, como sucedería si se oyesen todos los sonidos a la vez.

Aquiles: Mira, Tortuga, en primer lugar, sucede que no tengo muy buena vista y…

Tortuga: ¡Oye! Se me ocurre otra solución. ¿Por qué no pegas todas las páginas de la partitura de cualquier selección en tu pared y observas sus bellezas de vez en cuando, como observarías un cuadro? Sin duda tienes que admitir que la música está toda allí, en cada uno de sus detalles.

Aquiles: A decir verdad, Tortuga, debo confesar que tengo una falla en cuanto a aptitudes estéticas. Dudo que pudiera saber cómo in terpretar visualmente los símbolos impresos que tengo delante de tal manera que me diesen el mismo placer que cuando escucho la música.

Tortuga: Lamento muchísimo saberlo. ¡Te ahorraría tanto

tiempo! Imagina, en lugar de perder una hora entera escuchando una sinfonía de Beethoven, despertar cualquier mañana y que te bastara abrir los ojos y captarlo todo, colgado allí en la pared, en diez segundos o menos. Luego estarías descansado y listo para un día hermoso, fructífero.

Aquiles: Qué injusticia le haces a Beethoven, Tortuga. Una gran injusticia.

Tortuga: En absoluto. Beethoven es el segundo de mis compositores predilectos. He pasado muchos minutos interminables contemplando sus bellas obras, tanto en la partitura como en el disco. Las formas esculpidas en algunos de sus discos son exquisitas. No tienes la menor idea…

Aquiles: Reconozco que me dejas sin argumentos. Es una forma extraña, para no decir algo más fuerte, de disfrutar de la música. Pero me imagino que eres un tipo raro y esa idiosincrasia tiene tanto sen tido, dado lo que sé acerca de ti, como cualquier otra.

Tortuga: Eres bien condescendiente. ¿Te gustaría a ti, que un amigo te “revelase” que nunca comprendiste en realidad un cuadro de Leonardo, que en realidad habría que escucharlo, no contemplarlo, y que tiene sesenta y dos minutos de duración, en ocho movimientos, con largos pasajes que no contienen más que un resonar fuerte de campanas de diferentes tamaños?

Aquiles: Es una forma extraña de considerar la pintura. Pero…

Tortuga: ¿Alguna vez te hablé de mi amigo el lagarto, que disfruta de la música tendido de espaldas al sol?

Aquiles: Que yo lo recuerde, no.

Tortuga: El tiene la ventaja de no tener caparazón en la panza. Entonces, cuando desea “oír” una hermosa pieza, levanta el disco apropiado y lo golpea un instante contra su vientre plano. El éxtasis de absorber tantas ricas combinaciones a la vez es, según dice, indescriptible. ¡Así que imagina… su experiencia es tan novedosa para mí como la mía para ti!

Aquiles: Pero, ¿cómo puede distinguir entre un disco y otro?

Tortuga: ¡Para él, golpearse la panza con un disco de Beethoven y uno de Bach es tan diferente como para ti golpearte la espalda desnuda con una panquequera o con un guante de terciopelo!

Aquiles: Al volver el argumento contra mí, Tortuga, me has demostrado una cosa: que tu punto de vista debe ser tan válido como el mío y si no lo admitiese sería un cerdo chauvinista de la

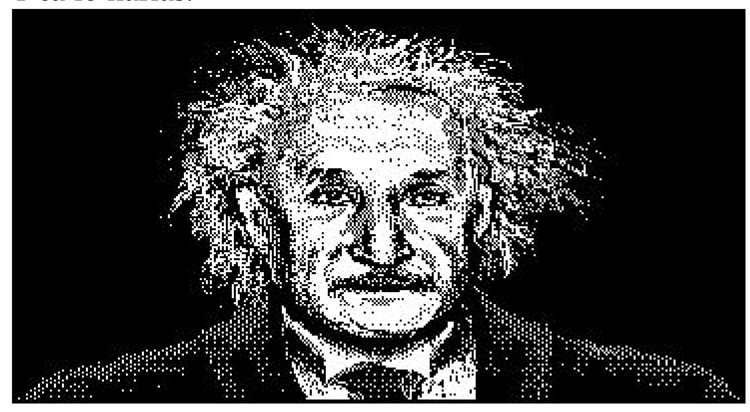
música.

Tortuga: ¡Bien dicho… admirable! Y ahora que hemos analizado nuestros respectivos puntos de vista, debo confesar que estoy familiarizado con tu manera de escuchar discos en lugar de contemplarlos, por extraña que me parezca. La comparación entre los dos tipos de experiencia fue lo que me inspiró a usar este ejemplo como analogía de lo que deseo plantearte ahora, Aquiles.

Aquiles: Ya veo que se trata de una de tus tortuosas argucias. Bien, comienza… Soy todo ojos.

Tortuga: Muy bien. Supongamos que una mañana yo fuese a verte con un gran libro. Me dirías (si no me equivoco): "¡Hola, Tortuga! ¿Qué es ese gran libro que llevas?" y yo respondería: "Es una descripción esquemática del cerebro de Albert Einstein, que llega al nivel celular, hecha por un neurólogo trabajador y un poquito loco después de que Einstein muriera. Sabes que legó su cerebro a la ciencia, ¿no?" Y tú dirías: "¿De qué diablos estás hablando? ¿Una descripción esquemática del cerebro de Einstein, que llega al nivel cerebral?" ¿O no dirías eso?

Aquiles: ¡Claro que lo diría! La idea suena absurda. Me imagino que proseguirías aproximadamente en los siguientes términos: "Creo que sabes, Aquiles, que un cerebro, cualquier cerebro, está compuesto de neuronas, o células nerviosas, ligadas entre ellas por fibras llamadas 'axones' para formar un sistema altamente interconectado." Y yo diría, muy interesado: "Prosigue." Y tú lo harías.



Tortuga: ¡Bravo! ¡Vas muy bien! ¡Me quitaste las palabras de la boca! Continuaría diciendo lo siguiente: "Los detalles no vienen al caso aquí, pero es esencial conocer algunos hechos. Se sabe que estas neuronas se activan, lo cual significa que una minúscula corriente

eléctrica (regulada por la resistencia del axón) pasa a lo largo

de un axón a la neurona contigua, donde puede unirse con otras señales en un esfuerzo combinado para provocar la estimulación de esta neurona vecina. Pero la neurona vecina colaborará sólo si la suma de las corrientes que entran ha llegado a un umbral (cuyo valor es determinado por su estructura interna). De lo contrario, se negará a activarse." En ese punto tú murmurarás: "Mmmm…"

Aquiles: ¿Cómo proseguirías entonces, Tortuga?

Tortuga: Buena pregunta. Supongo que diría algo así como lo siguiente: "Lo que antecede es un resumen mínimo de lo que sucede en el cerebro, pero creo que ofrece una base suficiente para la explicación de en qué consiste este pesado libro que llevo conmigo hoy." Si te conozco como creo conocerte, dirás: "Ah, tengo muchísimo interés en que me lo expliques, pero tal vez me convendría ser cauteloso, por si acaso contiene uno de tus esquemas malvados con los cuales llevas a este pobre inocente a uno de tus absurdos inescapables." Pero yo te aseguraría que no te espera nada de eso y ya tranquilo en ese sentido, me instarías a que divulgase el contenido del libro, sobre el cual, después de echarle una ojeada, dirías, tal vez: "¡Parece ser una cantidad

de números y letras, y pequeñas abreviaciones y cosas así!" Y yo te diría: ¿Qué esperabas? ¿Dibujitos de estrellas y galaxias y átomos que giran acompañados por fórmulas como 'E = mc2' distribuidas aquí y allá?"

Aquiles: Debería ofenderme por ese ataque solapado. Diría, indignado: "Por cierto que no."

Tortuga: Por supuesto que dirías eso, y con razón. Y luego preguntarías: "Bien, ¿qué son todos esos números y cosas? ¿Qué representan?"

Aquiles: Deja que yo continúe. Puedo anticiparme, creo, a la forma en que tú contestarías: "Cada página de este libro —y contiene alrededor de diez mil millones de páginas numeradas— corresponde a una neurona y contiene números que registran aspectos pertinentes de esa neurona, como por ejemplo: a qué otras neuronas conducen sus axones, cuál es el umbral de corriente para estimularse y demás. Pero olvidé mencionar ciertos hechos importantes acerca del funcionamiento del cerebro en general, sobre todo lo que sucede, o se cree que sucede (basado en lo que sabemos de investigación neurológica), cuando apare cen pensamientos en el cerebro y en especial, pensamientos conscientes." Podría oponer objeciones formulando una queja vagamente expresada sobre el hecho de que los pensamientos tienen lugar en la mente, y no en el cerebro, pero te apresurarías a rechazar tal comentario y a decir :

“Podemos hablar de eso en otra oportunidad, digamos, por ejemplo, si algún día nos encontramos en los jardines de Luxemburgo. Pero por ahora mi meta es explicar el contenido de este libro.” Supongo que me calmaría, como me calmo casi siempre, de modo que proseguirías con un comentario de este tenor: “Un pensamiento tiene lugar (en la mente o en el cerebro, como prefieras… ¡por ahora!) cuando una serie de neuronas interconectadas se estimulan en cadena. Cuidado aquí, puede no tratarse de una larga sarta de neuronas individuales que se estimulan como la cadena de piezas de dominó que van cayendo una sobre la otra, puede tratarse más bien de varias neuronas a la vez que tienden a estimular a otra serie y así sucesivamente. Lo más probable es que varias cadenas neurales separadas se estimulen al costado de la corriente principal, pero muy pronto dejen de funcionar, al no alcanzarse los umbrales de corriente requeridos. Así habrá, en suma, un grupo ancho o angosto de neuronas estimuladas que transmiten su energía a otras a su vez, formando así una cadena dinámica que serpentea dentro de su cerebro, con un curso determinado por las resistencias variables de los axones con que toman contacto durante su curso. No estaría fuera de lugar decir que ‘se sigue la línea de menor resistencia’, si me comprendes bien.” En ese punto, con seguridad comentaría: “La verdad es que dijiste bastante. Déjame digerirlo.” Después de rumiar este alimento que acabas de proporcionarme, y de haberte pedido que aclarases varios puntos, estaría satisfecho en el sentido de haber captado la situación en general. Por supuesto que me dirías, probablemente, que si quiero más información sobre el tema podría hallarla con la mayor facilidad en cualquier obra popular que trate del cerebro. Y entonces me dirías: “Déjame cerrar esta descripción sobre la actividad neural con una breve descripción de lo que explica la memoria , por lo menos tan eficazmente como ha sido posible establecerlo hasta ahora. Piensa en ‘el punto luminoso de actividad’ que pasa a toda velocidad en el interior del cerebro (donde está toda la acción por así decir) como si fuese un bote que navega por la superficie de una laguna, un bote parecido a esas embarcaciones de juguete que suelen traer los niños a los estanques octogonales de los Jardines de Luxemburgo, sede de nuestro hipotético encuentro mente-cerebro. Cada bote deja una estela de perturbación tras sí, a medida que se desplaza por su medio. El ‘punto caliente’ en el interior del cerebro, lo mismo que el bote, deja su forma característica de perturbación, o estela tras sí: las neuronas recién estimuladas al llegar la señal continúan sufriendo algún tipo de actividad interior —de carácter químico, quizá— durante unos pocos segundos. A través de ello se efectúa un cambio permanente en la neurona. El cambio se refleja en algunos de los números a que

hicimos ya alusión, como el valor del umbral de la estimulación, resistencia de los axones y demás. La forma exacta en que se modifican estas cifras es, desde luego, algo que depende de ciertos aspectos de la estructura interna en cuestión, y estos aspectos a su vez son susceptibles de codificación numérica." En este punto bien podría yo terciar, creo, diciendo: "Entonces, tendría la mayor importancia registrar estos números para cada neurona, así como las resistencias y umbrales ya mencionados." Sin duda tú replicarías: "Qué respuesta más aguda, Aquiles. No preví que vieses con tanta rapidez esa necesidad. Y nos convendría además dar un nombre a esos números: a mi juicio, sería apropiado llamarlos 'números aleatorios de estructura'." Para terminar el diálogo, podría hacer, quizá, el siguiente comentario: "Los números alteradores de estructura son notables en el sentido de que no sólo describen cómo habrán de cambiar otros números en la página, sino además de cómo habrán de cambiar ellos mismos, la próxima vez que el impulso neural pase por ellos a toda velocidad."

Tortuga: Has captado muy bien la esencia de lo que podríamos conversar los dos en un diálogo que reconocemos como hipotético. Podría añadir que es muy probable que hubiese dicho todo lo que me has atribuido y tengo todos los motivos para suponer que tú también plantearías las cuestiones que acabas de proponer. ¿A dónde hemos llegado, entonces? Ah, sí, lo recuerdo… en la situación hipotética establecida, yo tenía un libro, en el cual estaban registrados numéricamente todos los datos pertinentes, neurona por neurona, tomados del cerebro de Albert Einstein el día de su muerte. En cada página tenemos (1) un valor umbral, (2) una serie de números de página, para indicar las neuronas conectadas con esta, (3) los valores de resistencia de los axones de conexión y (4) una serie de números que indican cómo las "reverberaciones" semejantes a ondas de la neurona, que se producen como consecuencia de su estimulación, pueden alterar cualquiera de los números que figuran en la página.

Aquiles: Al decirme lo que acabas de manifestar, tendrías completo tu objetivo de explicarme en qué consiste el pesado tomo que llevas. Y llegaríamos con ello al fin de nuestro diálogo hipotético, con lo cual, según pienso, no tardaríamos mucho en despedirnos. ¡Sin embargo, no puedo dejar de observar que la referencia que hiciste en

ese diálogo hipotético a posibles conversaciones futuras en estos jardines entre tú y yo, sugiere en forma notable las circunstancias en que nos encontramos hoy aquí!

Tortuga: ¡Qué coincidencia! Debe ser pura casualidad.

Aquiles: Si no te opones, Tortuga, me gustaría saber cómo este libro ficticio sobre Einstein podría arrojar de alguna manera algo de luz sobre el problema “mente-cerebro”. ¿Podrías complacerme en este sentido?

Tortuga: Encantado, Aquiles, encantado. Pero a ti no te importaría que yo agregase unas cuantas características adicionales al libro, ya que de todos modos, es hipotético.

Aquiles: No veo por qué habría de objetar este punto. Si tiene ya diez mil millones de páginas, unas pocas más no significan nada.

Tortuga: Qué actitud de buen deportista… Las características son las que siguen: cuando el sonido llega al oído, las oscilaciones provocadas sobre el tímpano se transmiten a delicadas estructuras en el oído medio e interno. Estas se conectan luego con neuronas cuya función es procesar esa información auditiva, por lo cual las llamamos “neuronas auditivas”. Asimismo existen neuronas cuya función es llevar directivas codificadas a cualquier serie de músculos determinada. Así los movimientos de la mano tienen su origen en la estimulación de neu ronas específicas en el cerebro que están indirectamente conectadas con los músculos de la mano. Lo mismo puede decirse de la boca y las cuerdas vocales. Como información adicional para este libro, desearíamos entonces incluir cualquier serie de datos necesaria para saber con precisión cómo se excitarán las neuronas auditivas cuando les llegue un determinado tono si proveemos el timbre y la intensidad. Y el otro capítulo en el libro es el que nos dice de qué manera la estimulación de cualquier neurona “dirigida a la boca” o de cualquier neurona “dirigida a las cuerdas vocales” afectará los músculos del órgano en cuestión.

Aquiles: Veo lo que quieres decir. Nos gustaría saber cómo es afectada la estructura interna de las neuronas por cualquier señal auditiva de entrada y también cómo la estimulación de ciertas neuronas clave, conectadas con los órganos del lenguaje, podrían afectar dichos órganos.

Tortuga: Precisamente. ¿Sabes una cosa, Aquiles? A veces es bueno tenerte cerca para que hagas rebotar mis ideas… vuelven a mí mucho más claras que cuando te las envié. Tu ingenua simplicidad complementa a veces mi verbosidad adquirida.

Aquiles: Eso es algo que no quisiera hacer rebotar para devolvértelo, Tortuga.

Tortuga: ¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Dije algo inconveniente?

Aquiles: Mira, Tortuga. Yo supongo que en el gran tomo que estamos considerando tiene que haber tablas de conversión

numérica que cumplen precisamente las tareas que acaban de plantearse. Ellas proporcionarían la respuesta de cada neurona auditiva a cualquier tono y además, los cambios en la disposición de la boca y tensión de las cuerdas vocales conectadas a ellas por nervios en el cuerpo de Einstein.

Tortuga: Tienes razón.

Aquiles: ¿Para qué puede servirle a nadie una documentación tan extensa sobre Einstein?

Tortuga: No serviría para nada ni para nadie, salvo, es de suponer, a algún neurólogo muerto de hambre.

Aquiles: Entonces, ¿para qué propusiste este volumen estupendo, este "opus" prodigioso?

Tortuga: Simplemente para ejercitar la imaginación cuando reflexionaba sobre la mente y el cerebro. Pero puede servir como lección a los novicios en estas cuestiones.

Aquiles: ¿Me consideras uno?

Tortuga: Sin duda. Servirías muy bien como sujeto de prueba para ilustrar los méritos de un libro como este.

Aquiles: No sé por qué no puedo dejar de preguntarme qué pensaría de ese libro el viejo Einstein.

Tortuga: Si el libro existiese, podrías averiguarlo.

Aquiles: ¿En serio? No sabría por dónde empezar.

Tortuga: Empezarías por presentarte.

Aquiles: ¿A quién? ¿Al libro?

Tortuga: Claro… Es Einstein, ¿no?

Aquiles: No. Einstein es una persona, no un libro.

Tortuga: Bien, sobre eso habría que reflexionar, diría yo. ¿No dijiste que hay música depositada en los discos?

Aquiles: Lo dije. Y lo que es más, te conté cómo llegar a ella. Podemos usar una púa apropiada y otros aparatos para extraer música real, viva, del disco, que aparece "un poquito a la vez"… Tal como es la música de verdad.

Tortuga: ¿Quieres darme a entender que es sólo una especie de imitación sintética?

Aquiles: No, la música es bien genuina… Los sonidos salieron del material plástico, pero la música está hecha de sonidos genuinos.

Tortuga: Y sin embargo está allí "toda a la vez" también, ¿no?

¿En un disco?

Aquiles: Como ya me lo señalaste, sí.

Tortuga: Bien, podrías afirmar primero que la música son sonidos, no un disco, ¿no?

Aquiles: La verdad es que sí. Podría afirmarlo.

Tortuga: ¡En tal caso, te mostrarías olvidadizo! Quiero recordarte que para mí la música es el disco mismo, frente al cual puedo sentarme tranquilo y admirarlo. No tengo la presunción de decirte que ver La Madonna de las Rocas de Leonardo como pintura es no ver lo esencial, ¿no? ¿Voy yo por todas partes afirmando que un cuadro es sólo sólo un depósito para toques prolongados y roncos de fagote, melodio sos trinos de flauta piccola o majestuosas danzas de arpa?

Aquiles: No, no haces nada de eso. Supongo que en los dos casos, los dos respondemos a algunas de las características de los discos, aun cuando a ti te guste el aspecto visual y a mí el auditivo. Por lo menos, espero que lo que te gusta en la música de Beethoven coincida con lo que me gusta a mí.

Tortuga: Puede ser que sí y puede ser que no. Personalmente hablando, no me importa. Ahora, en cuanto a si Einstein era una persona, o lo es en este libro… Deberías presentarte y ver.

Aquiles: Pero un libro no puede responder a una proposición… Es como un disco de plástico negro. Está allí “todo de una vez”.

Tortuga: Quizá esa frasecita te servirá como pista. Consideremos lo que acabas de decir sobre el tema de la música y los discos.

Aquiles: ¿Quieres decir que debería intentar experimentar “un poquito a la vez”? ¿Con qué “poquito” debería empezar? ¿Debería empezar por la página uno y leer todo el libro hasta el fin?

Tortuga: No es muy factible. Supongamos que quisieras presentarte a Einstein… ¿Qué dirías?

Aquiles: Eh… “Hola, doctor Einstein. Me llamo Aquiles.”

Tortuga: Perfecto. Tienes allí unos hermosos tonos.

Aquiles: Tonos… ¡Ajá!… ¿Piensas usar esas tablas de conversión?

Tortuga: Vaya, qué idea más brillante. ¿Cómo no se me ocurrió a mí?

Aquiles: Mira, todos tenemos ideas inspiradas a veces, ¿sabes? No te sientas mal por eso.

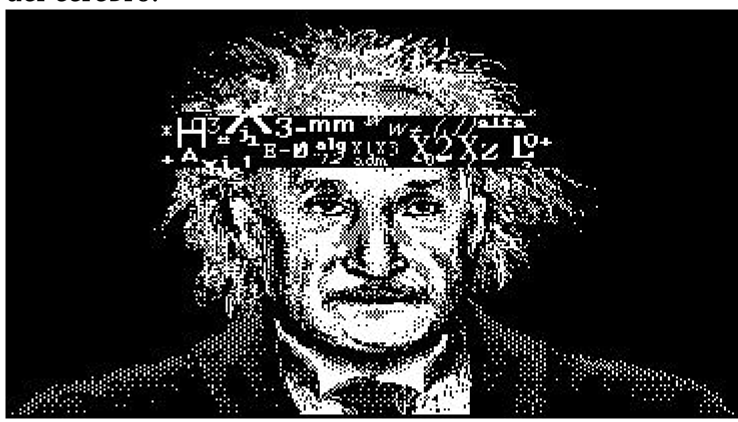
Tortuga: La verdad es que tuviste una buena idea. Es ni más ni menos lo que trataríamos de implementar si tuviésemos el libro.

Aquiles: ¿Quieres decir, entonces, que consultaríamos los cambios posibles en la estructura de neuronas auditivas de Einstein re sultantes de cada tono de lo que dije?

Tortuga: Aproximadamente, sí. Verás. Tendríamos que hacerlo con mucho cuidado. Tomaríamos el primer tono, como sugeriste, y veríamos qué células estimula y cómo las estimula. Es decir, veríamos precisamente cómo cada número en cada página acusa cambios. Entonces recorreríamos minuciosamente el libro página por página y efectuaríamos de hecho esos cambios. Podríamos llamarlo "primera vuelta".

Aquiles: Y la segunda vuelta sería un proceso semejante provocado por el segundo tono, ¿eh?

Tortuga: No exactamente, no. Todavía no hemos completado la respuesta al primer tono. Hemos recorrido el libro una vez, neurona por neurona. Pero existe el hecho de que algunas de las neuronas siguen entrando en estimulación, de modo que hay que tener esto en cuenta. Lo cual significaría que tenemos que pasar a las páginas donde sus axones conducen y modificar esas páginas en la forma en que les indican esos "números cambiadores de estructuras". Eso es la segunda vuelta. Y esas neuronas, a su vez, nos conducirán a otras más, y de pronto nos vemos lanzados a una alegre voltereta en torno del cerebro.



Aquiles: Bien. ¿Cuándo llegamos al segundo tono?

Tortuga: Buena pregunta. Hay algo que omití decir antes. Necesitamos establecer una especie de escala de tiempo. Tal vez en cada página el tiempo que lleva a cada neurona estimularse está especificado —el tiempo que le llevaba estimularse en la vida real, en el cerebro de Einstein— cantidad que cabe medir mejor,

probablemente, en milésimas de segundo. A medida que prosiguen las vueltas, sumamos todos los tiempos de estimulación y cuando los tiempos equivalen a la longitud del primer tono, comenzamos con el segundo tono. De este modo podemos proceder a alimentar tono tras tono en la vocalización que hiciste para presentarte, modificando las neuronas que responderían a dicha vocalización en cada paso del proceso.

Aquiles: Es un procedimiento interesante, pero ciertamente muy largo.

Tortuga: Mientras todo sea hipotético, no tiene por qué preocuparnos. Seguramente llevaría milenios, pero hablemos aquí de cinco segundos, para poder seguir conversando.

Aquiles: ¿Cinco segundos para alimentar mi vocalización? Muy bien. Entonces, el cuadro que tengo en este momento es que hemos cambiado decenas, si no centenas de millares de páginas en ese libro, cambiando números en página tras página, dondequiera que se nos conduzca, ya sea por obra de las páginas anteriores o bien por obra de los tonos que estamos introduciendo por vía de las tablas de conversión auditiva.

Tortuga: Muy bien. Y ahora, terminadas de pronunciarse tus palabras, las neuronas siguen estimulándose —una a continuación de la otra—, sigue la cascada de modo que efectuamos una "danza" complicada y extraña, desplazándonos en ambos sentidos a través de las páginas, vuelta tras vuelta, sin tener que ocuparnos de ninguna entrada auditiva ya.

Aquiles: Veo que está por suceder algo insólito. Después de algunos pocos "segundos" (ya que debemos ajustarnos a esa cifra tan subestimada) de volver páginas y de cambiar números, ciertas neuronas del "lenguaje" comenzarán a estimularse. Y entonces nos convendrá mucho consultar las tablas que indican la forma de la boca o la tensión de las cuerdas vocales.

Tortuga: Captaste lo que sucede, Aquiles. La forma de leer el libro no es partiendo de la página 1, sino siguiendo las instrucciones del prólogo, que informan acerca de todos los cambios que deberán registrarse y todas las reglas en cuanto a cómo proceder.

Aquiles: Supongo que dada la forma de la boca y la condición de las cuerdas vocales, sería factible deducir lo que está "diciendo" Einstein, ¿no? En especial, dado el nivel del proceso que hemos previsto, diría que esto es al parecer una operación menor. Me imagino, pues, que me diría algo.

Tortuga: Creo que sí. Algo como "¡Hola! ¿Vino a verme? ¿Me

he muerto?”

Aquiles: Qué pregunta más extraña. Claro que murió.

Tortuga: Entonces, ¿quién está haciéndote la pregunta?

Aquiles: Nadie, un libro tonto. ¡No es Einstein, por cierto! ¡No vas a atraparme para que diga eso!

Tortuga: Ni lo soñaría. Pero tal vez quieras hacerle más preguntas al libro. Podrías mantener una conversación entera si tuvieses la paciencia necesaria.

Aquiles: Una perspectiva apasionante… ¡Podría ver qué podría haber dicho exactamente Einstein en sus conversaciones conmigo, si realmente lo hubiese conocido!

Tortuga: Así es. Podrías empezar por preguntarle cómo está. Luego pasarías a comentarle lo contento que estás de verlo, ya que nunca tuviste ocasión de conocerlo en vida… actuando tal como si fuese el “verdadero” Einstein, lo cual según has decidido ya, es inaceptable. ceptable. ¿Cómo crees que reaccionaría él cuando le dijeses que no es el verdadero Einstein?

Aquiles: Un momento, un momento… estás usando el pronombre “él” cuando hablas de un proceso combinado con un inmenso libro. No tiene sexo. Es otra cosa. Estás introduciendo un prejuicio en la pregunta.

Tortuga: La verdad es que te dirigirías al libro como Einstein

si le alimentases preguntas. ¿O no? O bien dirías: “Hola, Libro de los mecanismos cerebrales de Einstein, me llamo Aquiles.” Creo que tomarías desprevenido a Einstein si hicieras tal cosa. El se mostraría muy intrigado.

Aquiles: No hay un “él”. Querría que dejases de usar ese pronombre con un sentido tan personal.

Tortuga: La razón por la cual lo uso es que imagino simplemente lo que tú le habrías dicho a él, si lo hubieses conocido en realidad en su cama de hospital en Princeton. Después de todo, el libro refleja cómo estaba el cerebro de Einstein en el último día de su vida… y en ese momento, él se consideraba una persona, no un libro, ¿no?

Aquiles: Sí, es verdad. Yo dirigiría preguntas al libro tal como se las dirigiría a la persona real, de haber estado yo allí.

Tortuga: Podrías explicarle que por desgracia había muerto, pero que su cerebro estaba codificado en un catálogo gigantesco después de su muerte —catálogo que tú tienes en tu poder— y que

llevas a cabo tu conversación por medio de ese catálogo con sus tablas de conversión para el lenguaje.

Aquiles: ¡Probablemente él se quedaría sumamente sorprendido al oír eso!

Tortuga: ¿Quién? ¡Creía que él no existía!

Aquiles: No existe “él” cuando hablo con el libro, pero si se lo dijese al Einstein real, él estaría sorprendido.

Tortuga: ¿Cómo podrías decirle a una persona viva que se murió ya, que su cerebro fue codificado en un catálogo y que estás manteniendo tu conversación con él a través del catálogo?

Aquiles: No, no se lo diría a una persona viva. Se lo diría al libro y vería entonces qué reacciones hubiera tenido la persona viva. Así, en cierto modo, “él” está allí. Empiezo a sentirme intrigado… ¿Con quién estoy hablando yo en ese libro? ¿Existe alguien vivo por el hecho de que existe? ¿De dónde provienen todos esos pensamientos?

Tortuga: Del libro. Lo sabes muy bien.

Aquiles: Entonces, ¿cómo puede decir lo que siente? ¿Cómo puede sentirse en libro?

Tortuga: Un libro no siente nada. Un libro es, simplemente. Es como una silla. Simplemente está.

Aquiles: Bien, pero esto no es simplemente un libro… es un libro más un proceso entero. ¿Cómo se sienten un libro y un proceso?

Tortuga: ¿Cómo puedo saberlo? Pregúntaselo tú mismo al libro.

Aquiles: Y yo sé lo que dirá el libro: “Me siento muy débil y me duelen las piernas”, o algo por el estilo. ¡Y un libro, o un libro más un proceso, no tiene piernas!

Tortuga: Pero su estructura neural ha incorporado una memoria muy precisa de piernas y de dolor de piernas. ¿Por qué no le dices al libro que ahora no es ya una persona, sino un libro más un proceso? Puede ser que una vez que le hayas explicado este hecho con todos los detalles que conoces, comenzase a comprender y a olvidar su dolor de piernas, o lo que tomó como dolor de piernas. Después de todo, no tie ne interés alguno en sentir su pierna con dolor, una pierna que no posee. Le convendría más olvidar esas cosas y concentrarse en lo que sí tiene, como por ejemplo, la capacidad de comunicarse contigo, Aquiles, y de pensar.

Aquiles: Hay algo tristísimo en todo este proceso. Una de las cosas más tristes es que llevaría tanto tiempo meter y sacar mensajes del cerebro, que antes de haber conseguido yo completar muchos mensajes, sería ya viejo.

Tortuga: También tú podrías haberte transformado en un catálogo.

Aquiles: ¡Bah! ¿Y quedarme sin piernas que me permitan correr carreras? ¡No, gracias!

Tortuga: Podrías transformarte en un catálogo y continuar tu apasionante conversación con Einstein, siempre que hubiese alguien que manejase tu libro, volviese las páginas y escribiese números en ellas. Mejor aun, podrías mantener varias conversaciones al mismo tiempo. Todo lo que necesitamos es confeccionar varias copias del catálogo de Aquiles, incluidas las instrucciones para su uso y enviarlas a quien quiera que tú me indicases. Te encantaría eso.

Aquiles: Ah, eso es más divertido. A ver… a Homero, a Zenón, a Lewis Carroll… Siempre que también se hubiesen preparado catálogos de sus cerebros. Pero espera un minuto. ¿Cómo voy a mantenerme enterado de todas esas conversaciones simultáneas?

Tortuga: Es fácil… cada una es independiente de las otras.

Aquiles: Lo sé, pero… siempre tengo que retenerlas en la cabeza todas a la vez.

Tortuga: ¿En la cabeza? Recuerda que no tienes cabeza.

Aquiles: ¿Que no tengo cabeza? Entonces, ¿dónde estaría yo? ¿Qué pasa aquí?

Tortuga: Estarías en todos esos lugares diferentes a la vez, manteniendo hermosas conversaciones con toda esa gente.

Aquiles: ¿Qué se sentiría al mantener conversaciones con varias personas a la vez?

Tortuga: ¿Por qué no te limitas a imaginar cómo sería argumentar con Einstein y con varios amigos tuyos a la vez, suponiendo, desde luego, que hayas preparado varias copias de su catálogo y se las hubieses enviado a varios de esos amigos —o a cualquiera en realidad-y también ellos estuviesen hablando con él?

Aquiles: Mira, si no se lo comunicase al Einstein en mi poder, él no tendría manera de enterarse de los otros catálogos o conversaciones. En definitiva, cada catálogo no tiene manera de ser objeto de influencia por parte de ninguno de los otros catálogos. Supongo, pues, que diría tan sólo que por cierto él no siente que está participando en más de una discusión a la vez.

Tortuga: Entonces es así como te sentirías tú también, si varios de ti estuviesen manteniendo conversaciones simultáneas.

Aquiles: ¿Yo? ¿Cuál sería yo?

Tortuga: Cualquiera de ellos. O quizá todos, o quizá, ninguno.

Aquiles: Esto es cosa de fantasmas. No sé dónde estaría… si acaso estaba es alguna parte. Y todos esos catálogos espeluznantes afirmarían ser yo.

Tortuga: Cabría que lo esperases. Lo haces tú mismo, ¿no? Mira, hasta podría presentar a uno o dos de ustedes, o a todos, mutuamente.

Aquiles: Estaba esperando este momento. Cada vez que te veo, me sorprendes con algo como esto.

Tortuga: Lo único que podría surgir es una riña, muy breve, claro, en cuanto a cuál de ustedes es el real, ¿no crees?

Aquiles: Este es un plan diabólico para extraerle la esencia al alma humana. Estoy perdiendo toda visión clara de quién es "yo". ¿Es "yo" una persona? ¿Un proceso? ¿Una estructura en mi cerebro? ¿O bien es "yo" una esencia inasequible que siente lo que ocurre en mi cerebro?

Tortuga: Pregunta interesante. Volvamos a Einstein para analizarla. ¿Murió Einstein, o se lo mantuvo vivo con la creación del catá logo?

Aquiles: Bien, según todas las apariencias, alguna parte de su espíritu se mantuvo viva merced al hecho de estar registrados los datos.

Tortuga: ¿Aunque nunca se hizo uso del libro? ¿Estaría vivo entonces?

Aquiles: Esa pregunta sí que es difícil. Diría que debo responder que "no". Es obvio que lo que lo hizo vivir fue el hecho de que lo "trajimos a la vida" sacándolo de ese libro estéril, "un poquito a la vez". Fue un proceso, por encima y más allá del simple libro de datos. Conversaba con nosotros y esto es lo que le daba vida. Sus neuronas eran estimuladas, en un sentido un poco figurado, y también con cierta lentitud, si lo comparamos con su velocidad habitual… pero esto no tiene importancia, sino el hecho de que se estimulaban.

Tortuga: Supongamos que te llevase diez segundos para hacer la primera vuelta, cien segundos para hacer la segunda, mil segundos para hacer la tercera y así sucesivamente. Desde luego, el libro no sabría

cuánto tiempo había llevado todo eso, ya que su único contacto con el mundo exterior sería a través de las tablas de conversión auditiva… y en particular no tendría por qué saber nada que no quisieras decirle. ¿Seguiría estando tan vivo, a pesar de esa enorme lentitud en su estimulación después de unas pocas vueltas?

Aquiles: No veo por qué no. Si a mí también me hubiesen catalogado del mismo modo y me volviesen las páginas con la misma lentitud letárgica, nuestra velocidad de conversación sería igual para ambos. Ni el libro ni yo tendríamos motivo para sentir nada anormal en ella, aunque, en el mundo exterior, nuestro solo intercambio de saludos durase varios milenios..

Tortuga: Al principio tú hablaste de este proceso que extrae la estructura “un poquito a la vez”, como de algo muy importante, pero ahora parece ser importante que constantemente pierda velocidad. Finalmente el ritmo de intercambio de ideas podría llegar a ser de una sílaba por siglo. Y al cabo de un tiempo, se estimularía una neurona una vez cada trillón de años. ¡No cabría calificarlo como una conversación ágil!

Aquiles: En el mundo exterior, no. Pero para nosotros dos, los que no tenemos conciencia del transcurrir del tiempo en el mundo exterior, todo es correcto y normal, siempre que alguien se ocupe de realizar nuestro trabajo interno de libro… Por despacio que avancemos, Einstein y yo estamos serenamente inconscientes del mundo con su rápido cambio fuera de nuestras páginas que se vuelven sin cesar.

Tortuga: Supongamos que este fiel amanuense neural… llamémosle Aquileso, por divertirnos (y sin que haya alusión personal, desde luego)… supongamos que una de estas tardes escapase a beber un traguito y olvidase volver…

Aquiles: ¡Traición! ¡Doble homicidio! ¿O debo decir, mejor, bibliocidio?

Tortuga: ¿Tan mal está la situación? Ustedes dos están todavía allí, “todos a la vez”.

Aquiles: ¡Bah, todos a la vez! ¿Qué objeto tiene la vida si no nos procesan?

Tortuga: ¿Era mejor ese proceso cada vez más lento, de caracol?

Aquiles: ¡Con cualquier velocidad, siempre es mejor! Aun a paso de tortuga. Pero, dime. ¿Por qué llamaste al monitor del libro “Aquileso”?

Tortuga: Se me ocurrió darte la idea de cómo sería si tuvieses

el cerebro no sólo codificado en un libro, sino que además estuvieses cuidando a ese mismo cerebro-libro. ¡Te juro que no juego con palabras!

Aquiles: Me imagino que tendría que preguntárselo a mi propio libro. No, no… espera. ¡Mi libro tiene que preguntármelo a mí! ¡Ay, estoy tan confundido con estas confusas y complejas confusiones de nivel con las que siempre me atacas sin el menor aviso! Pero tengo una idea genial. Supongamos que fuese una máquina que viene con los libros, una máquina que vuelve las páginas, hace los pequeños cálculos, todo el trabajo de amanuense. Así podríamos evitar el problema de la falta de confiabilidad humana, así como tu extraña y retorcida voltereta.

Tortuga: Supongámoslo así. Es un plan ingenioso. Y supongamos luego que la máquina se rompe.

Aquiles: ¡Tienes una imaginación morbosa! ¡Las torturas rebuscadas a que podrías someterme!

Tortuga: Nada de eso. A menos que alguien te lo dijese, ni siquiera te enterarías de la existencia de la máquina y mucho menos de que la máquina se hubiese roto.

Aquiles: No me gusta este aislamiento del mundo exterior. Preferiría tener una forma de intuir lo que sucede a mi alrededor a tener que depender de que me digan las cosas que quieran. ¿Por qué no aprovechar las neuronas que en la vida procesan las entradas visuales? Exactamente como las tablas de conversión auditiva, podríamos tener tablas de conversión óptica. Se las utilizaría para crear cambios en el libro de acuerdo con las señales provenientes de una cámara de televisión. Entonces podría observar el mundo que me rodea y reaccionar frente a sus fenómenos. En particular, no tardaría en reparar en la máquina de volver las páginas, el libro lleno de tantas páginas y números, y así sucesivamente…

Tortuga: Mira, estás empeñado en sufrir. De modo que ahora percibirás el destino que te espera: “verás” por medio de las entradas con que te alimentan por la vía de la cámara de televisión y de las tablas de conversión, que el elemento para volver páginas que tanto te sirvió tiene una parte floja que está a punto de deslizarse. Eso sí que te dará miedo. ¿Y para qué sirve tal cosa? Si no tuvieses un elemento para escudriñar ópticamente, no tendrías manera de saber lo que sucede en el mundo a tu alrededor, ni siquiera en el caso de tu elemento de volver las páginas. Tus ideas se desenvuelven con calma, fríamente, sin que las afecten las vicisitudes del mundo exterior, serenamente despreocupadas, en cuanto a que pueden llegar muy pronto a un fin inevitable, ya que el

elemento de volver páginas puede romperse. ¡Existencia idílica! ¡Hasta el fin mismo, ni una preocupación!

Aquiles: Pero cuando se rompiese, yo moriría.

Tortuga: ¿Tú crees?

Aquiles: Sería una pila de hojas inertes, inmóviles, cubiertas de números.

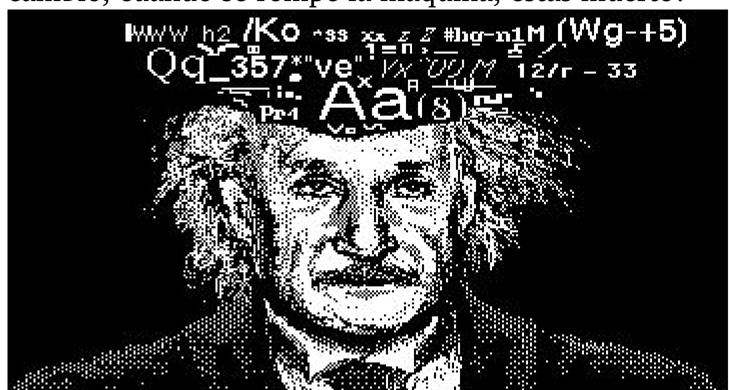
Tortuga: Considero que es una lástima. Pero quizás el viejo Aquileso podría volver a encontrar el camino de regreso a sus lugares habituales y asumir la tarea en el punto en que la abandonó la máquina rota.

Aquiles: ¡Ah! Entonces resucitaría. ¡Estuve muerto un tiempo y luego volví a la vida!

Tortuga: Ya que insistes en hacer esas distinciones raras. ¿Qué hace que estés "más muerto" cuando se rompe la máquina, que cuando Aquileso te deja abandonado unos pocos minutos o unos pocos años, para jugar una partidita de "backgammon", dar la vuelta al mundo o hacerse copiar su cerebro en un libro?

Aquiles: Es obvio que estoy más muerto cuando se rompe la máquina, porque no hay espectativa de que vuelva alguna vez a funcionar… mientras que cuando Aquileso se va de juerga, finalmente habrá de volver.

Tortuga: ¿Quieres decir que cuando te han abandonado, sigues vivo, sólo porque Aquileso tiene la intención de volver? ¿Y en cambio, cuando se rompe la máquina, estás muerto?



Aquiles: Sería una manera muy tonta de definir "estar vivo" y "estar muerto". Por cierto tales conceptos no tendrían nada que ver con las meras intenciones de otros seres. Sería una tontería tan grande como afirmar que una bombilla eléctrica está "muerta" cuando su dueño no tiene intención de volverla a encender. Intrínsecamente, la bombilla de luz es la misma de siempre… y esto

es lo que cuenta. En mi caso, lo que cuenta es que el libro se mantendría intacto.

Tortuga: ¿Quieres decir que estaría todo allí, en el acto? ¿Es su sola presencia allí lo que garantiza que estés vivo? ¿Así como la existencia de un disco grabado equivale a la existencia de su música?

Aquiles: Aquí se me ocurre una imagen cómica. Se destruye la Tierra, pero de algún modo se salva un disco de música de Bach y sale flotando hacia el vacío del espacio. ¿Existe todavía la música? Sería absurdo hacer que la respuesta dependiese de que alguna vez lo encuentren y alguna criatura parecida a un ser humano lo tocase, ¿no? Para ti, Tortuga, la música existe como el disco mismo. Del mismo modo, cuando volvemos a ese libro, considero que si el libro sólo está apo yado allí, en ese instante, yo estoy aún allí. Pero si el libro se destruye, también yo me acabo.

Tortuga: ¿Tú sostienes que mientras existan esos números y esas tablas de conversión, tú estás esencial, potencialmente vivo?

Aquiles: Sí, eso es. Eso es lo que tiene importancia fundamental, la integridad de mi estructura cerebral.

Tortuga: ¿Te molesta que te pregunte solamente lo siguiente? Supongamos que alguien te robase las instrucciones del prólogo, que te indican cómo usar el libro.

Aquiles: Lo único que te digo es que será mejor que lo devuelvan. Todo acabaría para mí si no devolviesen esas instrucciones. ¿Para qué sirve el libro sin las instrucciones?

Tortuga: Otra vez dices que la cuestión de si estás vivo o no depende de si el ratero tiene buenas intenciones o malas intenciones. Lo mismo podría haber sido un viento caprichoso que soplara sobre esas pocas páginas y se las llevara por los aires. Aquí no aparece el fac tor intención. ¿Estarías menos vivo en este caso?

Aquiles: Esto me resulta un poco difícil. Déjame analizar despacio la cuestión. Yo me muero. Me inscriben el cerebro en un libro. El libro tiene una serie de instrucciones para procesar sus páginas en forma paralela a la estimulación de mis neuronas, en mi verdadero cerebro, y ahora.

Tortuga: Y el libro, junto con las instrucciones, permanece en un estante lleno de polvo en un rincón de una librería de viejo. Entra un hombre y ve por casualidad esa rareza. “¡Vaya! —exclama —. ¡Un libro de Aquiles! ¿Qué puede ser esto? ¡Lo compraré y veré!”

Aquiles: ¡Tendría que comprar también las instrucciones! Es

esencial que el libro y las instrucciones permanezcan juntos.

Tortuga: ¿Juntos hasta qué punto? ¿En la misma encuadernación? ¿En la misma bolsa? ¿En la misma casa? ¿A un kilómetro uno del otro? ¿Disminuye de alguna manera tu existencia si se desparraman las páginas aquí y allá por culpa de una ráfaga? ¿En qué punto preciso hallarías que el libro había perdido su integridad estructural? ¿Sabes una

cosa? Por mi parte, yo apreciaría un disco grabado algo torcido tanto como uno bien plano. Te informo que tengo un amigo que considera que los discos rotos están más a la moda que los originales. ¡Deberías ver sus paredes… cubiertas todas de Bach roto… fugas fragmentadas, cánones aplastados, ricercari quebrados! Le encanta. La integridad estructural está en el ojo de quien observa, amigo.

Aquiles: Bien, mientras me pidas a mí que sea el observador, diría que si las páginas van a reunirse cabe aún esperanza de que sobreviva.

Tortuga: ¿Reunirse ante los ojos de quien? Una vez que estás muerto, tú, el observador, permaneces en forma de libro (si acaso quedas allí). Una vez que comienzan a desparramarse las hojas del libro, ¿sentirás que estás perdiendo integridad estructural? ¿O bien existe aún alguna esencia de ti, en forma dispersa? ¿Quién lo juzgará?

Aquiles: Vaya, lo olvidé. Perdí del todo la pista de esa pobre alma dentro del libro. En cuanto a lo que él mismo… o yo mismo sentiríamos, estoy menos seguro, si cabe.

Tortuga: ¿"Esa pobre alma dentro del libro"? ¡Aquiles! ¿Sigues aferrado a la vieja idea de que eres "tú" de alguna manera quien está allí, dentro del libro? Si la memoria no me falla, te resistías a aceptar esa clase de idea cuando sugerí que tú estabas hablando en realidad con el mismo Einstein.

Aquiles: Me resistí hasta que vi que eso, el libro, parecía sentir, o por lo menos expresar todas sus… las emociones de Einstein, o lo que parecían emociones. Pero tal vez tengas razón en reprenderme… quizá debería confiar en la vieja y familiar idea, dictada por el sentido común, de que el único "yo" real está aquí dentro, dentro de mi cerebro vivo, orgánico.

Tortuga: ¿Te refieres a la teoría tradicional y familiar del "ánima dentro de la máquina", no? ¿Qué es, allí dentro, qué es este "tú"?

Aquiles: Es —sea lo que sea— que siente todas esas emociones

que expreso.

Tortuga: Quizás el sentir todas esas emociones es el hecho fí sico esencial de que una lluvia de actividad electroquímica venga volando a través de alguna de las varias vías neurales dentro de tu cerebro. Quizás estés usando la palabra "sentir" para describir tal fenómeno.

Aquiles: Eso suena equivocado, porque el libro usa la palabra "sentir" si yo la uso, y sin embargo no siente esa ola de actividad electroquímica. Todo lo que "siente" el libro es que sus números cambian. Quizá "sentir" es sinónimo de la existencia de cualquier clase de actividad neural, simulada o de otro tipo.

Tortuga: Este punto de vista enfatiza demasiado el desarrollo del sentir "un poquito a la vez". Si bien el desarrollo en el tiempo de la estructura neural nos parece, sin duda, como la esencia del sentir, ¿por qué no podría ser que los sentimientos, como los discos grabados y los cuadros pictóricos estén allí "todos a la vez"?

Aquiles: La diferencia que advierto de inmediato entre un disco musical y una mente es que el primero no cambia al desenvolverse "un poquito a la vez", mientras que la mente, en su interacción a través de un período de tiempo con el mundo exterior, sufre modificaciones de un modo que no era en su origen inherente a su estructura física.

Tortuga: Buen argumento. Una mente, o un cerebro, interactúa con el mundo y está sujeto así al cambio, cambio que no cabe predecir mediante el solo conocimiento de la estructura del cerebro. Pero no disminuye en modo alguno con esto el carácter de "viva" de dicha mente, cuando cavila introspectivamente en torno de una idea, sin interferencia del exterior. Durante este período de introspección los cambios que sufre son inherentes a ella. Si bien la actividad se desenvuelve "un poquito a la vez" inherentemente existe "toda a la vez". Puedo aclarar lo que digo haciendo un paralelo con un sistema más simple. Toda la trayectoria de un pomelo que arrojamos es inherente una vez arrojado dicho pomelo. Ver la fruta en vuelo es una forma —la forma habitual— de experimentar su movimiento. Podríamos llamarla la imagen de "un poquito a la vez" de su movimiento. Pero simplemente conocer su posición inicial y su velocidad es otra forma igualmente válida de experimentar su movimiento. Podríamos llamar a esta imagen de su movimiento la imagen "toda de una vez". Sin duda, en esta imagen no suponemos ninguna interferencia por parte de cigüeñas en vuelo ni de otros factores. Un cerebro (o un catálogo de cerebro) comparte este carácter dual. Mientras no interactúa con el mundo exterior y

no es objeto de modificaciones en formas que le son ajenas, su desarrollo en el tiempo puede contemplarse en una imagen de “un poquito a la vez”, o bien de “todo a la vez”. Esta última es la que yo apoyo y la que según supuse tú aceptabas, cuando describiste el disco volando hacia el espacio.

Aquiles: Veo las cosas con mucha mayor facilidad en el cuadro “un poquito a la vez”.

Tortuga: No me sorprende. El cerebro humano está hecho para ver las cosas de ese modo. Incluso en un caso sencillo, como el movimiento de un pomelo en el espacio, el cerebro prefiere ver el movimiento en sí como “un poquito a la vez”, a visualizarlo como una parábola “toda a la vez”. Pero llegar simplemente a reconocer la existencia de un cuadro “todo a la vez” fue un gran paso para la mente humana, porque era el preanuncio de la admisión de que existen ciertas regularidades en la naturaleza, regularidades que rigen los hechos a lo largo de los canales previsibles.

Aquiles: Reconozco la existencia de “sentimiento” en el cuadro “un poquito a la vez”. Lo sé porque es la forma en que siento mis propios sentimientos. Pero, ¿existe también en el cuadro “todo a la vez”?

¿Hay sentimientos en un libro inmóvil?

Tortuga: ¿Existe la música en un disco grabado inmóvil?

Aquiles: No estoy seguro ya en cuanto a la forma de responder a esa pregunta. Sin embargo, sigo queriendo saber si “yo” estoy en el libro de “Aquiles”, o si Einstein “está” en el libro de Einstein.

Tortuga: Es lógico que lo preguntes, pero por mi parte, lo que quiero saber es si “tú” estás en alguna parte. Continuemos, entonces, con nuestro cómodo cuadro “un poquito a la vez” e imaginemos los procesos internos de tu cerebro. Imaginemos el “punto caliente”, esa maldita lluvia de actividad electroquímica zigzagueando a lo largo de la “línea de menor resistencia”. Tú, Aquiles o aquello a que te refieres como “yo” no tiene control en cuanto a cuál es la vía de menor resistencia.

Aquiles: ¿En serio? ¿Será, entonces, mi subconsciente? Sé que a veces siento que “saltan” mis ideas como movidas por tendencias subconscientes.

Tortuga: Quizá “subconsciente” sea un buen nombre para la estructura neural. En definitiva es tu estructura neural la que en cualquier momento dado, determina cuál es la vía de menor resistencia. Y a causa de esa estructura neural el “punto caliente” sigue ese camino lleno de curvas y no otro. Esta actividad

electroquímica tan serpenteante constituye la vida mental y emocional de Aquiles.

Aquiles: Como tema musical, es extraño y mecanicista, Tortuga. Apuesto a que podrías formularlo en términos aun más extraños. ¡Ponte lírico, si lo deseas, y que los verbos se expresen a sus anchas! “Del cerebro, la mente y el hombre, oigamos cantar a la Tortuga.”

Tortuga: Por cierto tu himno es inspirado por los dioses, querido amigo. El cerebro de Aquiles es como un laberinto de cuartos, cada uno con muchas puertas que se abren a otros cuartos… y muchos de los cuartos tienen rótulo. (Pensemos en cada “cuarto” como un complejo de unas pocas, o de unas pocas docenas de neuronas, o tal vez más, y en “cuartos con rótulo” como complejos especiales compuestos en su mayor parte de neuronas dedicadas a la palabra.) En su curso vertiginoso a través de este laberinto, el “punto caliente” abre y cierra puertas y de vez en cuando entra en un cuarto “rotulado”. En este punto se te contrae la garganta y la boca: dices una palabra. Todo el tiempo la chispa neural corre implacable por su camino aquileano, en evoluciones más extrañas que las de una golondrina que vuela tras mosquitos. Cada desvío, cada giro está preordenado por la estructura neural presente en tu cerebro, hasta que intervienen mensajes de entrada sensorial. Entonces la chispa se aparta del camino que había seguido. Y así se desarrolla el proceso… cuarto tras cuarto es objeto de una visita. Estás hablando.

Aquiles: No siempre hablo. A veces callo y pienso.

Tortuga: Por supuesto. Los cuartos rotulados pueden tener las luces apenas encendidas, o sea en señal de no hablar: no pronuncias las palabras en voz alta. Una idea “ocurre” en silencio. El punto caliente prosigue… depositando en puerta tras puerta, ya sea una gota de aceite en las bisagras para aflojarlas, o una gota de agua para trabarlas un poco. Algunas puertas tienen tan herrumbradas las bisagras que es imposible abrirlas. Otras son aceitadas con tanta frecuencia que por poco no se abren solas. Así los rastros del presente se depositan en el futuro. El “yo” de ahora deja mensajes y recuerdos para el “yo” de un tiempo que vendrá. La danza neural es la danza del alma. Y el único coreógrafo del alma es la ley física.

Aquiles: En condiciones normales, creo que estoy yo controlando lo que pienso, pero lo que me dices invierte toda la situación, de tal manera que suena como que “yo” soy tan sólo lo que sale de toda esta estructura neural. Hace que lo que considero yo mismo suene en el mejor de los casos como un subproducto de

un organismo regido por la ley natural y en el peor de ellos, como un concepto artificial derivado de mi perspectiva distorsionada. En otros términos, me haces sentir como si no supiese quién, o qué soy, si acaso soy algo.

Tortuga: Planeas un punto de suma importancia. ¿Cómo puedes "saber" lo que eres? En primer lugar, ¿qué significa saber algo, cualquier cosa, en alguna medida?

Aquiles: Mira, yo presumo que cuando sé algo, o cuando, mejor dicho, mi cerebro sabe algo, hay una senda que serpentea por mi cerebro, corriendo por los cuartos, muchos de los cuales están rotulados. Cuando pienso un pensamiento sobre el tema, mi chispa neural entra por ese camino en forma totalmente automática, y si estoy conversando, cada vez que pasa por un cuarto rotulado brota un sonido de algún ti po. Pero sin duda no necesito pensar en mi chispa neural para que ella cumpla su función con toda eficacia. ¡Se diría que funciono muy bien sin mí!

Tortuga: Sí, es verdad que el "camino de menor resistencia" cuida de sí mismo muy bien. Pero podemos equiparar el resultado de todo todo este funcionamiento a ti, Aquiles. No tienes por qué sentir que en este análisis no hemos incluido a tu yo.

Aquiles: La dificultad es que en este planteo mi "yo" no está en control de mí.

Tortuga: Pienso que depende de lo que quieras significar por "control", Aquiles. Es obvio que no puedes obligar a tu chispa neural a que se desvíe de la línea de menor resistencia, pero el Aquiles de un momento está afectando directamente lo que será el camino de menor resistencia en el momento siguiente. Esto tendría que darte la sensación, hasta cierto punto, de que "tú", quienquiera que seas, tienes algún control sobre lo que sentirás, pensarás y harás en el futuro.

Aquiles: Es posible, sí. Es un punto de vista interesante, pero sigue indicándome que simplemente no puedo pensar todo lo que quiero pensar, sino sólo lo que estableció que pensase una versión anterior de mí.

Tortuga: Pero lo que se establece en tu cerebro es en gran medida lo que tú quieres pensar. Aunque a veces, lo reconozco, no puedes hacer que tu cerebro funcione como tú deseas que funcione. Olvidas el nombre de alguien, no puedes concentrarte en algo importante, te pones nervioso a pesar de tus esfuerzos por dominarte. Todo esto refleja lo que dijiste: que en cierto sentido tu "yo" no tiene control de ti. Ahora depende de ti que quieras o no identificar al Aquiles de ahora con el Aquiles de momentos pasados.

Si optas por identificarte con tus yo anteriores, podemos decir que "tú" —por el cual entendemos el tú que existía antes— tienes un control de lo que eres hoy. En cambio, si prefieres verte como existente tan sólo en el presente, es en verdad cierto que lo que tú haces está bajo el control de la ley natural y no bajo el control de un "alma" independiente.

Aquiles: Empiezo a sentir en toda esta discusión que me "conozco" a mí mismo un poco mejor. ¡Me pregunto si me sería posible conocer todo lo referente a mi estructura neural, al punto de que pudiese pre decir el camino seguido por mi corriente neural aun antes de que haya recorrido dicho camino! No cabe duda de que sería el conocimiento total, exquisito.

Tortuga: ¡Aquiles, con la mayor inocencia te has metido tú mismo en la mayor paradoja, sin que yo haya necesitado intervenir en lo más mínimo! Puede ser que algún día te acostumbres a hacerlo en forma habitual. ¡Ese día no me necesitarás ya a mí para nada!

Aquiles: ¡Deja de burlarte de mí! Háblame de esta paradoja en la que he caído sin advertirlo.

Tortuga: ¿Cómo podrías aprenderlo todo acerca de ti mismo? Podrías intentar leer el libro de Aquiles.

Aquiles: Estoy seguro de que sería una empresa fenomenal. ¡Diez mil millones de páginas! Me temo que me quedaría dormido leyéndolas en voz alta. O bien… qué horror… ¡Hasta podría morirme antes de terminar la tarea! Pero supongamos que fuese capaz de leer con gran rapidez y lograse aprender el contenido de todo el libro dentro del plazo que me corresponde en nuestra verde esfera.

Tortuga: ¡De modo que ahora sabrías todo lo que se refiere a Aquiles… antes de que hubieses leído el libro de Aquiles! ¡Pero ignoras, en cambio, lo referente al Aquiles de ahora!

Aquiles: ¡Qué dilema! El hecho de que leí el libro lo vuelve obsoleto. El intento solo de enterarme en cuanto a mí mismo me cambia respecto de lo que era. Si sólo pudiese tener un cerebro más grande, capaz de digerir todo eso tan complejo de mí mismo. ¡Sin embargo, veo que incluso tenerlo sería inútil, ya que tener un cerebro más grande me volvería más complejo! Mi mente no alcanza a comprender, simplemente, todo lo referente a sí misma. Todo lo que puedo conocer es el entorno, la idea básica. Más allá de cierto punto, no puedo avanzar. Si bien la estructura de mi cerebro es aquí, dentro de mi cabeza, exactamente donde "yo estoy", su naturaleza sigue siendo inaccesible para este "yo". La entidad misma que constituye el "yo", es algo que yo, inevitablemente, ignoro. ¡Mi

cerebro y yo no somos una misma cosa!

Tortuga: Sí, es un dilema cómico, material para muchos de los chistes de la vida. Y ahora, Aquiles, tal vez podamos detenernos a reflexionar acerca de una de las primeras preguntas que dieron lugar a este diálogo: ¿Tienen lugar los pensamientos en la mente o en el cere bro?

Aquiles: En este punto, apenas sé ya lo que quiere decir "mente", salvo, desde luego, que no es una especie de expresión poética para el cerebro o sus actividades. El término me recuerda a otro, "belleza". No es algo que uno pueda ubicar en el espacio, pero a pesar de ello, no está flotando en un más allá etéreo. Es más bien como una característica estructural de una entidad compleja.

Tortuga: ¿Dónde se encuentra la belleza, para hacer una pregunta retórica, de un estudio de Scriabin? ¿En los sonidos? ¿Entre las notas impresas? ¿En el oído, en la mente, o en el cerebro del observador?

Aquiles: A mi juicio la "belleza" es sólo un sonido que pronunciamos cada vez que una corriente neural pasa a través de una determinada región de nuestro cerebro, un determinado "cuarto rotulado". Es una tentación suponer que a ese sonido allí le corresponde una "entidad", algo así como "una cosa existente". En otras palabras, por ser un sustantivo, pensamos en la belleza como una "Cosa", pero quizá "belleza" no denote ninguna Cosa. La palabra no es más que un sonido útil que ciertos fenómenos y percepciones me impulsan a pronunciar.

Tortuga: Yo iría más lejos, Aquiles. Diría que esta es una propiedad de muchas palabras, en especial palabras como "belleza", "verdad", "mente" y "yo". Cada palabra no es más que un sonido que nos lleva a pronunciar, en circunstancias diversas, nuestra corriente neural incansable y en plena carrera. Y frente a cada sonido, no podemos evitar suponer que corresponde una entidad, "la cosa real". Bien, insisto en que los beneficios derivados de la pronunciación de un sonido le confieren una medida proporcional de lo que llamamos "significado". Pero en cuanto a si ese sonido denota alguna Cosa… ¡Cómo podríamos saberlo jamás!

Aquiles: Qué visión solipsística del universo tienes, Tortuga. ¡Yo creía que tales puntos de vista estaban enteramente fuera de moda hoy en día! ¡Hoy se supone que debemos atribuirles a las cosas una Existencia Propia!

Tortuga: Pobre de mí… sí, tal vez la tengan… nunca lo negué. Supongo que se trata de una visión pragmática del significado de "significado", útil en el ajetreo de la vida cotidiana, para hacer la

suposición de que algunos sonidos representan en realidad Entidades Existentes. Y el valor pragmático de tal suposición puede ser su mejor justificativo. ¡Pero volvamos a esa sede huidiza del "tú real", Aquiles!

Aquiles: La verdad es que no puedo decir si está en alguna parte, aun cuando otra parte de mí se salga prácticamente de las casillas gritando "el verdadero yo está aquí, ahora". Es posible que la esencia de esto es que sea cual sea el mecanismo que me hace hacer declaraciones tales como "los picos son triunfos" es muy semejante al mecanismo que me hace decir —a mí, o al libro de Aquiles— proposiciones tales como "el verdadero yo está aquí, ahora". Sin duda si yo, Aquiles, pudiera decirlo, también podría decirlo la versión del libro de mí. En realidad, lo diría, sin duda. Si bien mi propio reflejo es afirmar "sé que existo, lo siento", es posible que estos "sentimientos" no sean más que una ilusión. Es posible que el "verdadero yo" sea todo una ilusión. Quizá, tal como "belleza", el sonido "yo" no denota ninguna Cosa, sino que no es más que un sonido útil que en ocasiones nos sentimos impulsados a pronunciar porque nuestras estructuras neurales están dispuestas de ese modo. Es probable que sea esto lo que sucede cuando digo "sé que estoy vivo" o cosas semejantes. Esto explicaría asimismo por qué me quedé tan perplejo cuando planteaste la versión de que varias copias del libro de Aquiles podrían distribuirse a varias personas y "yo" podría mantener conversaciones con todas a la vez. Yo quise saber dónde estaba el verdadero "yo" y cómo "yo" podría manejar varias conversaciones simultáneas. Ahora veo que cada copia del libro tiene en su interior la estructura correspondiente, que le hace posible declarar en forma automática cosas como "yo soy el verdadero yo; yo estoy sintiendo mis propias emociones y cualquier otro que afirme ser Aquiles es un embaucador". Pero veo que el simple hecho de que diga tales cosas no significa que tenga "verdaderos sentimientos" y lo que es quizá más pertinente, el solo hecho de que yo Aquiles, pronuncie tales cosas, no significa en realidad que esté sintiendo nada (¡o lo que esto quiera decir!). En vista de lo cual, comienzo a dudar de que tales frases tengan el menor significado.

Tortuga: Sin duda, las afirmaciones sobre "sentimiento" en un sentido o en otro son muy útiles desde el punto de vista práctico.

Aquiles: Sin duda, sin duda… no las eludiré sólo porque haya tenido lugar nuestro diálogo. Tampoco evitaré el término "yo", como puedes ver. Pero no le atribuiré significados tan "llenos de alma" como tendí a hacerlo hasta ahora, en forma algo instintiva y, lo reconozco, dogmática.

Tortuga: Me alegro de que por una vez parezcas estar de acuerdo en cuanto a nuestras conclusiones. Veo que se hace tarde ya. Se aproxima el crepúsculo… es la hora en que todas mis energías parecen renacer y me siento lleno de fuerza. Sé que debes sentirte defraudado porque no apareció tu amigo. ¿Qué opinas de una carrera a pie de regreso al siglo V?

Aquiles: ¡Excelente idea! Pero seamos justos. Te daré una ventaja de… digamos tres siglos, por ser yo tan veloz corriendo.

Tortuga: Suenas un poco fanfarrón, Aquiles… Puede ser que no te resulte tan fácil competir con una Tortuga Enérgica.

Aquiles: ¡Sólo un tonto podría apostar por una Tortuga lenta de patas que corra contra mí! ¡Vamos a casa de Zenón! ¡El último cola de perro!…

El descubrimiento del Nulitrón

Thomas M. Disch y John T. Sladek



Bestiario será una sección dedicada a los objetos extraños que pululan alrededor de los límites de la credibilidad en la ciencia actual. Supercuerdas Cósmicas, Conjunto de Mandelbrot, Monopolos Magnéticos y una vorágine de “bestias” que compiten por ganarse el asombro de los lectores de publicaciones de divulgación.

Será, lógicamente, una sección seria en la revista. Sin embargo, de puro contradictorios que somos, quisimos inaugurarla con un artículo ficticio, donde los autores se burlan a más no poder de la terminología de las notas científicas, exagerando, justamente, hasta el nivel más absoluto de ridículo este “género” literario en el que los investigadores de vanguardia —acicateados por una competencia atroz-vuelcan lo más pronto posible (a veces demasiado pronto) sus últimos descubrimientos (o suposiciones).

Nosotros nos hemos divertido. Esperamos que ustedes también.

El descubrimiento del Nulitrón

Thomas M. Disch y John T. Sladek

Mientras se intentaba verificar el experimento clásico de Drake del muón sin masa (experimento en el que se destruía un muón sin masa, produciendo, como ya había observado anteriormente

Hawakaja, el llamado isotrón), se identificó una nueva partícula, de masa cero. A esta nueva partícula se la ha denominado nulitrón.

Un importante avance

Al principio se pensó que el nulitrón era un neutrino (partícula sin carga ni masa con un spin de +½), pero al repetirse el experimento utilizando un blanco de nubium giroscópicamente equilibrado en lugar del viejo electrodo fijo de frinium, se calculó que el spin tenía un valor cero.

Aunque carente de masa, la partícula no puede calificarse realmente de subatómica, pues parece tener más de un metro de diámetro y es perfectamente redondeada y más bien brillante. Su color rojo puede explicarse por el conocido efecto Doppler de corrimiento hacia el rojo, provocado por el hecho de que, sea cual sea el punto de vista desde el que se la observe, la partícula parece alejarse uniformemente del observador, a la velocidad de la luz.

Cómo se obtiene el nulitrón

El nulitrón puede producirse experimentalmente sólo en circunstancias muy favorables. Puede resultar útil, aunque no sea esencial, un ciclotrón de kilómetro y medio de circunferencia, lleno de bloques sólidos de plomo alternados con mercurio. Es de la mayor importancia que exista en el investigador una auténtica voluntad de descubrirlo. (El primer nulitrón se observó, en realidad, en la isla de Ibiza, donde los investigadores estaban pasando una breves vacaciones. Durante tres tardes sucesivas, mientras dormía en la playa, el señor Sladek tuvo vívidos sueños de enjambres de nulitrones agrupados en anillos, mordiéndose las colas unos a otros y fundiéndose más tarde en una especie de mantequilla, pues los nulitrones anulan a los antinulitrones y viceversa.)

Con el descubrimiento del antinulitrón se ha dado un gran salto adelante en el campo general de las investigaciones relacionadas con el nulitrón.

Un gran salto adelante

Como el propio nulitrón, el antinulitrón tiene masa cero, carga cero y spin cero, pero a diferencia del nulitrón es verde y cúbico. Una medición cuidadosa (realizada haciendo pasar nulitrones y antinulitrones a través de un denso campo de neutrinos giratorios,

sobre el que curiosamente ejercen escasos o nulos efectos) muestra que los antinulitrones cúbicos son exactamente del mismo volumen que los nulitrones esféricos. No se ha dado ninguna explicación satisfactoria a este fenómeno.

Consideraciones teóricas conducen a la inexorable, aunque sumamente improbable conclusión de que nulitrones y antinulitrones existen por todas partes en la Naturaleza. En realidad puede decirse que el Universo está empapado de ellos. Pero debido a las leyes de la conservación, raras veces son observables en su estado natural.

Algunos datos significativos

Esto no significa, sin embargo, que el nulitrón se halle en constante interacción con todas las partículas subatómicas conocidas. Un nulitrón puede unirse a un neutrino para formar un antineutrino y a un antineutrino para formar un neutrino. Estas interacciones (y muchas más) se producen constantemente en la Naturaleza, pero (debido a las leyes de la conservación) nunca pueden observarse directamente, sólo inferirse.

Además de su “color”, la familia del nulitrón posee otras características secundarias:

Cuando chocan dos nulitrones que llegan de direcciones opuestas, producen un ruido chirriante muy parecido al de un ventilador eléctrico defectuoso (como el ventilador de la habitación 38 del hotel **Las Palmas** de Ibiza). La colisión de dos antinulitrones, por el contrario, produce exactamente el mismo sonido con la excepción de que en las ondas que traza sobre un osciloscopio los valles se corresponden perfectamente a las crestas del otro, y viceversa. El resultado, desde el punto de vista de un auditorio, es un silencio perfecto, lo cual puede explicar el hecho de que se haya tardado tanto en descubrir el nulitrón.

Usos del nulitrón

Respecto al sabor, el nulitrón, a pesar de su tono rojo vivo, tiene un claro aroma a regaliz, mientras que el antinulitrón se parece sobre todo, en cuanto a su sabor, a las bayas verdes del junípero. Se están realizando más investigaciones en este fructífero campo, y los fabricantes de alimentos dietéticos han expresado ya interés por sus posibles usos comerciales. El principal problema que se plantea a la industria es la extracción de nulitrones de su campo potencial en

cantidad suficiente. De sus posibles usos bélicos, y especialmente de si por el momento es factible una “bomba nulitrónica” (o si lo será en un futuro próximo) nada se puede decir con seguridad.

Espacio, tiempo y nulitrón

Uno de los aspectos más curiosos del nulitrón es la relativa brevedad de su vida. En todos los casos observados, el nulitrón quedó instantánea y totalmente destruido en el momento de su creación. Esto no se percibió durante las primeras investigaciones porque el nulitrón destruido queda instantáneamente reemplazado por otro nulitrón idéntico, totalmente indistinguible de su progenitor.

La primera tarea que se ofreció a los investigadores tras el descubrimiento del propio nulitrón fue la escisión de éste en sus partículas. Este experimento consistía sencillamente en tomar nulitrones y arrojarlos con fuerza considerable contra el suelo. Mientras una energía demasiado escasa en el rayo nulitrónico así formado puede provocar un desagradable balanceo, una fuerza excesiva provocará un rebote exagerado: el denominado, por ahora, “Efecto de rebote”. Esta fastidiosa elasticidad puede evitarse empapando primero el nulitrón en un recipiente de pimesones y dejando luego “que la naturaleza siga su curso inevitable”.

Aunque se han descubierto por este método otros diecisiete mil tipos diferenciados de partículas subnulitrónicas, hasta la redacción de este informe resultó muy difícil distinguir estos tipos distintos, pues todos los diferentes subtipos creados por este método parecían idénticos. Se necesitaba, sin duda, un enfoque más riguroso.

Por un procedimiento de tanteo, se llegó finalmente al siguiente método: mientras un investigador sujeta el nulitrón con ambas manos, el otro o bien se sienta sobre él, o bien le administra un golpe fuerte con un martillo de molibdeno. Se producen así dos categorías de partículas subnulitrónicas: las de “asiento” y las “otras”.

Las de “asiento” están formadas por isones (pequeños, azules y redondeados), nisones (más pequeños, bidimensionales y de un curioso color arroz), y nulinisones (extremadamente delgados, color naranja y de forma extravagante).

Las “otras” son más variadas, distribuyéndose en dos subgrupos principales: los isotrones y los flogistones. Los isotrones son de tamaño medio, ovoidales y casi carentes de masa, y según se observó tienden inmediatamente a aproximarse a la fuente de luz más cercana (en el hotel **Las Palmas** era una bombilla única, sin

pantalla, de veinticinco vatios) y girar a su alrededor hasta que chocan con ella o se consumen en anti-isotrones.

Se observaron también incontables partículas pertenecientes a este grupo de “otras”, cuyo tamaño variaba desde los tres milímetros a los grandes flogistones, que llegan a alcanzar un millón ochocientos mil kilómetros de diámetro, aunque su masa equivalga a la de un electrón. Sólo se ha llegado a producir experimentalmente un flogistón. Esta partícula, por ser fotófila, se lanzó inmediatamente hacia el Sol a una velocidad que se calcula en 0,9 de la velocidad de la luz.

¿Una posible explicación de la materia?

El único flogistón producido en este último y definitivo experi mento quizás nos permita hallar una explicación sobre la naturaleza de la materia. Al chocar con el Sol, el flogistón quedó destruido, así como el Sol, lo que permitió tomar algunas interesantes fotografías.

Aunque sea aún demasiado pronto para empezar a especular sobre este fenómeno, puede suponerse que cuando comprendamos de modo más pleno el carácter de este maravilloso nulitrón, alcanzaremos una explicación nueva y más amplia de la naturaleza de nuestro Sistema Solar y quizás de la materia misma.

Nada

Julio E. Pineda

Valeria observó el calendario: dos de enero del año dos mil ciento noventa y ocho. Un día como cualquier otro. Repetido. Inútil.

Dos de enero del año dos mil ciento noventa y ocho. Nacía Ariel-1.

Ariel-1 caminaba por las calles de la ciudad, mezclándose con la gente. Nada le sorprendía, nada llamaba su atención. Era uno más entre tantos que pasaban a su lado.

Valeria observó el calendario: dos de enero del año dos mil ciento noventa y ocho; un día más en su vida. Se detuvo ante el espejo: Sin duda había perdido juventud. Sin embargo, ¿de qué le podía servir? Apoyó su rostro en el cristal de la ventana y contempló algo del paisaje escasamente visible entre los edificios. El reloj marcaba las dos y media de la tarde. Sin saber cómo, se encontró manejando su automó vil. Lo detuvo frente a un hombre que esperaba algo apoyado en la entrada principal de un edificio, mientras fumaba con gesto despreocupado. Abrió despacio la puerta del coche y esperó en silencio. El hombre entendió la señal: se acomodó en el asiento delantero y deslizó enseguida una mano por el vientre de la mujer.

—¡Todavía no! —exclamó ella— Espera a que lleguemos a mi departamento.

El reloj marcó las tres de la tarde y Ariel-1, de acuerdo con las instrucciones recibidas, concluyó su paseo por la ciudad. Al regresar se encontró con su progenitor, que lo esperaba, quien inició de inmediato una serie de preguntas.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —la respuesta fue cortante.

—¿Sabes con exactitud qué tienes que hacer?

—Por supuesto.

—¿Cuál es tu fecha de nacimiento? —El hombre de cabellos grises anotaba las respuestas en una libreta de bolsillo.

—Dos de enero del año dos mil ciento noventa y ocho.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ariel-1.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Caminar.

—¿Por dónde?

—Por la ciudad.

—¿Algo en especial te llamó la atención?

—No.

—¿Podrías explicarme por qué?

Ariel miró con gesto despreocupado al hombre de cabellos grises.

—Fue mi primer contacto con “ellos”.

—¿Ellos?

—La gente. Todos.

—No deberías hablar de ese modo. Es importante para mí que te sientas uno de nosotros.

—No lo soy, sin embargo.

El hombre de cabellos grises lanzó un leve suspiro de satisfacción.

> *Observaciones: Ariel-1, si bien se muestra algo parco en sus respuestas, reacciona como un ser humano y advierte que no es como nosotros. No obstante me sorprende su franqueza y la rara expresividad de sus palabras. Por hoy es suficiente.*

Valeria respiró profundamente. El hombre lavaba sus genitales. Al terminar, arrojó con un gesto irónico la toalla húmeda en el vientre de la mujer.

—¡No vuelvas a hacer eso! —exclamó ella.

El hombre se vistió, encendió otro cigarrillo y esperó.

—¿Qué esperas?

El hombre infló su rostro expresando fastidio ante la pregunta.

—¡Págame!

—¿Por qué?

El hombre puso los ojos en blanco.

—¡Tú me buscaste a mí!

Valeria abrió su cartera, sacó un puñado de billetes y se los arrojó.

—¡Y ahora lárgate!

Miró el reloj: las nueve de la noche. ¿Qué hacer? Hizo arrancar su automóvil y, sin poder dominar el tedio que la invadía, apretó el

acelerador con furia. Las luces de la ciudad la sorprendieron en un pequeño café apartado del centro. Recorrió el lugar con la mirada. No encontró nada interesante, solamente un hombre de aspecto recio que, sentado junto a una ventana, miraba a la gente que circulaba por la calle.

Buscó un cigarrillo en su cartera. Al hombre, apartado de la realidad, parecía no importarle el bullicio. Simular que no tenía encendedor sería un buen pretexto para acercarse a él.

—¿Me da fuego, por favor?

El hombre la miró sorprendido. Ella esperaba en silencio.

Pasaron unos segundos.

—Le pedí fuego… —insistió ella.

—No fumo.

Valeria, desalentada, dio media vuelta y retornó al pequeño mostrador. Otro hombre encendió su cigarrillo. Cuando se disponía a dejar el café, se encontró frente a frente con Ariel.

—Creo que fui algo descortés con usted —dijo él.

Valeria reaccionó con cierta indiferencia.

—No lo creo: usted aclaró muy bien que no fumaba.

Ariel-1 frunció el ceño, haciendo un esfuerzo supremo para hacerse entender:

—¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo! —afirmó, cambiando su expresión rígida por un gesto cordial—. Quisiera decirle que usted me impresionó de una forma muy especial.

Valeria no pudo disimular una sonrisa de satisfacción.

—Mi nombre es Valeria, ¿y el suyo?

—Ariel.

—¿Ariel cuánto?

—Solamente Ariel.

Valeria restó importancia al apellido.

—Ariel, ¿qué se puede hacer contra el aburrimiento?

—No puedo creer que usted sea una mujer aburrida.

—¡Pues tendrá que creerlo! Lo invito a mi departamento.

—Yo, en cambio, propongo algo mejor.

—¿Qué?

—Caminar un poco por las calles de la ciudad; después podemos concertar otro encuentro para conocernos más. ¿Qué le

parece?

A Valeria le pareció ridículo, pero en su interior se sentía sorprendida y feliz.

—Usted actúa como un hombre del siglo veinte.

—Es posible.

Caminaron mucho tiempo por la ciudad, en silencio. Ariel hablaba poco, pero Valeria se sentía muy bien junto a él. El tiempo pasó sin notarlo. Cuando miró su reloj, eran las doce y treinta de la noche.

—Es algo tarde —dijo.

—¿Dónde vive? —preguntó Ariel—. ¿Puedo acompañarla?

La mujer sonrió y, en un súbito impulso emocional, apretó las manos de Ariel.

—Sí. Vamos.

Cuando llegaron, Valeria se apoyó en la puerta de entrada de su departamento, mirando fijamente a su compañero.

—Aquí vivo. ¿Quiere pasar?

—No, gracias.

Valeria pensó interminablemente en Ariel, sin lograr apartar de su mente su rostro enigmático y sin embargo tan cordial, tan profundo en su silencio y en las escasas palabras que pronunciaba. Aceptó que Ariel había cambiado su vida de algún modo, que las horas que antes se deslizaban tan opacas se sucedían ahora con una rapidez sorprendente. Miró su rostro en el espejo: Había perdido juventud. ¿Pero qué importaba? Ariel la aceptaba con una dignidad y respeto que por momentos la convertían en una mujer temerosa de algo maravilloso y extrañamente desconocido. Hojeó un diccionario, buscando dos palabras; solamente el significado de dos palabras.

AMOR: pasión que atrae un sexo hacia el otro.

Eso era completamente normal en ella.

MATRIMONIO: unión permanente de un hombre y una mujer.

Inaceptable en su época. Observó la hoja final del diccionario: se había terminado de imprimir en el siglo veinte. La fecha no tenía mayor importancia.

Una suerte de locura pareció consumir sus pensamientos, abrumándola con extraños presagios. Donde le era posible observar su rostro aparecía también el de Ariel, en una especie de rara dualidad. Rostros superpuestos, perfectamente delineados. Ariel, manteniendo ese rostro sereno de hombre centrado, carente de

imperfecciones. Rostros superpuestos. Hombre y mujer. Cabellos flotantes. Sienes amplias.

Caminó por las calles de la ciudad. Compró un periódico cualquiera y se encerró en la intimidad del mismo café donde había conocido a Ariel. Grandes titulares anunciaban lo siguiente:

UN SER NO HUMANO SE MEZCLA CON LA GENTE DE LA CIUDAD.

Siguió leyendo:

Ignoramos su nombre, también el de su creador, pero fuentes extraoficiales aseguran que en un laboratorio biológico desconocido se ha logrado crear un hombre artificial a imagen y semejanza de cualquier ser humano. Este ser es capaz de emocionarse y mantener cualquier tipo de conversación sin que nadie note que se trata de un hombre artificial. Hasta el momento se guarda un hermetismo muy particu lar al respecto, de modo que fue imposible obtener mayores detalles. Nuestros corresponsales no descansan tratando de ubicar a la criatura, que podría ser el futuro reemplazante del ser humano, ya que su organismo le permite trabajar las veinticuatro horas del día sin experimentar el menor asomo de cansancio y su cerebro es tan poderoso que es capaz de solucionar problemas matemáticos complejos en una fracción de segundo y le permite contestar preguntas de cualquier tipo sin equivocarse. De ser esto cierto el Hombre habrá dado un paso sumamente importante en su lucha desesperada por conservar la especie.

Una sensación de frío invadió su cuerpo. ¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo! ¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo!

Miró su reloj; marcaba las diez de la noche. Recordó que Ariel la había invitado a una fiesta. Tal el vez el momento fuera propicio para definir sus sentimientos. Arregló sus cabellos y maquilló su rostro de una forma muy natural. Estaba convencida de que Ariel la prefería de ese modo. El espejo. Rostros superpuestos. Cabellos flotantes. Sienes amplias. ¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo! ¡Créalo! ¡Créalo! ¡Créalo!…

Ariel parecía ser el centro obligado de la atención de hombres y mujeres. Su conversación escueta y franca llamaba la atención de los invitados. Hablaba lo necesario, sin detenerse en preciosismos ni banalidades. Infundía respeto y su cordialidad y desenvoltura, siempre acompañadas por la gravedad de sus gestos, hacían de él un hombre muy particular. Compartieron una mesa y algo llamó la atención de Valeria: Ariel se negó a probar bocado alguno, aludiendo un problema estomacal. Apenas si bebió un sorbo de café cuando la fiesta estaba por concluir. El hecho no llegó a inquietarla; aunque sí la presencia del hombre de cabellos grises que no perdía detalle de

sus movimientos.

Sin poder contenerse, preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Mi progenitor.

—¿Por qué te sigue a todas partes?

—¿Te molesta?

—Algo —dijo en voz muy baja.

—¿Quieres conocerlo?

Valeria hizo una mueca.

—¡No!

Junto a Ariel, Valeria encontró un raro pero sugestivo sentido en su opaca vida. Largas tardes en su compañía no hicieron más que estrechar una amistad en la cual se insinuó un amor incipiente, un amor particular y secreto, por cuanto la palabra amor no tenía mayor sentido en el siglo que le tocaba vivir; menos aún la idea del matrimonio: A nadie le preocupaba conservar algo por mucho tiempo. El ocio y el aburrimiento contaminaban la vida interior de hombres y mujeres y la automatización excesiva había provocado estragos en la mente humana. Todo estaba hecho, rigurosamente calculado. El tiempo disponible era demasiado para seres que se movían sin prisa alguna y sin ningún sentido. Algunos jóvenes pugnaban por retornar a un cierto primitivismo, escapando a zonas alejadas de la ciudad sin mayor suerte. Una gran parte de la tierra era estéril y la idea de fundar una nueva civilización no automatizada se hacía cada vez más remota. Esos mismos jóvenes terminaban por retornar a la ciudad, desalentados y carentes de nuevos ideales, pensando que en ella tenían todo, pero aceptando amargamente que no tenían nada. No resultaba extraño entonces que Valeria pasara tardes enteras frente a un televisor, deleitándose con películas que se habían filmado casi doscientos años atrás. En cualquiera de ellas le era posible apreciar paisajes que ya no existían, seres que se emocionaban y conocían el amor, hombres y mujeres que se unían hasta la muerte.

Tales sentimientos afloraban en su interior como una rara suerte de atavismo, un atavismo que aceptaba con devoción secreta. Valeria observó su lecho. Algún día no muy lejano le sería posible compartirlo con Ariel; aunque no en la forma acostumbrada por el resto de los humanos. Este hecho provocaría el principio de un ritual desconocido y atrayente, ajeno al consabido aburrimiento que obligaba a los otros a cambiar de pareja constantemente. Valeria rechazaba esta forma de vida. En consecuencia, toda su atención se

encontraba centrada en un solo objetivo: Ariel. Propondría a éste una locura. ¡Huir! Huir lejos, donde sólo hubiese cabida para ellos dos y donde las palabras Amor y Matrimonio tuviesen la dimensión exacta que les daba aquel viejo diccionario del siglo veinte.

Respiró profundamente y se tendió en la cama. En su desnudez imaginó que el cuerpo de Ariel se deslizaba sobre el de ella hasta que lograba satisfacerla, haciéndole alcanzar una felicidad absoluta y particular. Miró su reloj. Marcaba las seis de la tarde y el tiempo parecía transcurrir con una velocidad increíble. Ya no le importaba envejecer, ni siquiera morir. Se sentía feliz.

El doctor R. se vio acosado por gran número de periodistas y fotógrafos que no titubearon en fotografiarlo hasta el cansancio. Soportó una descarga abrumadora de preguntas, mostrando una muy buena predisposición de ánimo para contestarlas, aunque evitaba aquellas que contrariaban sus principios profesionales, intentando romper su hermetismo. Acerca de estas preguntas hizo algunas anotaciones en su libreta.

PERIODISTA 1: Tenemos conocimiento de que usted o un prestigioso colaborador suyo ha creado un hombre artificial semejante al ser humano. ¿Qué puede decirnos respecto a eso?

RESPUESTA: Bueno, algo de verdad hay en tal sentido, pero lamentablemente no puedo suministrar mayores detalles hasta tanto no estemos seguros de que ese hombre es capaz de comportarse en la medida que se espera.

PERIODISTA 2: ¿Es verdad que en estos momentos circula por las calles de la ciudad, mezclándose con la gente sin llamar la atención?

RESPUESTA: Es verdad.

PERIODISTA 3: ¿Tan asombrosa es su semejanza con un ser humano?

RESPUESTA: Así es.

PERIODISTA 4: ¿Hay algún detalle que sirva para identificarlo?

RESPUESTA: Ninguno. De ser así, no tendría objeto nuestro esfuerzo.

PERIODISTA 5: ¿Puede emocionarse como nosotros?

RESPUESTA: Por supuesto.

PERIODISTA 6: ¿Puede dormir o fatigarse?

RESPUESTA: El no conoce ese tipo de hábitos.

PERIODISTA 7: ¿Puede vivir sin alimentarse?

RESPUESTA: El no necesita alimentos de ninguna naturaleza y es capaz de trabajar las veinticuatro horas del día sin experimentar cansancio. Está programado para realizar todo tipo de actividades, desde cavar una fosa hasta realizar, en contados segundos, complejos cálculos matemáticos.

PERIODISTA 8: ¿Cuál puede ser su promedio de vida? (El periodista no pudo evitar una sonrisa irónica.)

RESPUESTA: Lo ignoro, ya que no soy su creador.

PERIODISTA 9: ¿Puede revelarnos el nombre de ese científico misterioso?

RESPUESTA: Lo lamento, pero no puedo contestar esa pregunta.

Una mujer pugnó por acercarse hasta el entrevistado, luchando hasta conseguirlo.

MUJER: ¿Puede "él" conversar de cualquier cosa?

RESPUESTA: Yo creo que sí.

MUJER: ¿Es que no lo conoce lo suficiente?

RESPUESTA: Pienso que no.

MUJER: ¿Puede explicarme por qué?

RESPUESTA: Sus reacciones son similares a las nuestras, ya que

fue creado para comportarse como un ser humano.

MUJER (Pregunta capciosa.): ¿Puede llegar el tan mentado "hombre" a satisfacer a una mujer?

RESPUESTA: ¡No haga preguntas tontas!

Valeria dobló el diario y lo tiró en un cesto: No se hablaba de otra cosa. Tal acontecimiento, como era de esperar, originó movimientos de protesta en diversos lugares del planeta. No se aceptaba un mundo plagado de seres artificiales que fueran capaces de desplazar al ser humano. Esto hacía vislumbrar un futuro espantoso donde el hombre podía terminar siendo víctima de su propia creación.

Desde el ventanal del café pudo apreciar un cartel de grandes dimensiones, que decía:

NO ACEPTAREMOS UN MUNDO DOMINADO POR AUTOMATAS

Una mujer portando otro cartel al frente de una manifestación, gritaba:

—¡¿Hasta cuando seguiremos amenazándonos con el exterminio? ¿Es que no ha sido suficiente la última guerra, que dejó como saldo un mínimo de seres humanos y una Tierra estéril en su

mayor parte, como consecuencia de las radiaciones atómicas? ¿Qué nos espera ahora? ¿Terminar como esclavos de seres mecánicos? Debemos luchar por un mundo natural y no tan fríamente perfecto como este, un mundo donde las palabras amor, amistad y convivencia vuelvan a tener su verdadera importancia…!

Valeria pensó un instante en las palabras de la mujer. Vanas palabras pronunciadas en una ciudad donde apenas una minoría era consciente del significado de ellas. *Ahora miro este parque con sus árboles que no cambian jamás, réplica perfecta de aquellos que existieron en una época en la que habían estaciones que expresaban con intensidad singular las suaves transformaciones de una naturaleza cambiante y vital. Ahora que puedo caminar con Ariel por este paisaje muerto siento deseos de volver a ese siglo imperfecto, contradictorio, pero ante todo humano; ¡tremendamente humano!*

Se sintió sorprendida ante la presencia de Ariel. Sin pensarlo, se refugió en sus brazos. Permaneció mucho tiempo con los ojos cerrados, entregada a un sueño del que no quería despertar.

Intentó hablar:

—¡Estoy enamorada de ti!

Esperó en silencio la reacción de Ariel.

—Lo sé.

Valeria no pudo reprimir una expresión de sorpresa.

—¿Acaso sabes el significado verdadero de la palabra “amor”?

—¡Sí!

—Si lo sabes, entenderás entonces que deseo acostarme contigo.

El hombre sonrió. Valeria mordió sus nudillos con cierta desesperación.

Indecisa: —Estoy tratando de no ser como el resto de las mujeres con las cuales convivo. ¡Quiero ser diferente a ellas! ¡Quiero ser auténtica! Amarte solamente a ti, acostarme siempre contigo, envejecer a tu lado, hasta que uno de los dos deba marcharse de este mundo.

Ariel permaneció en silencio.

—¿Qué te sucede?

—Nada…

Valeria había esperado ese momento con mucha ilusión. Abrió la puerta de su departamento e invitó a Ariel a pasar. El se recostó en uno de los sillones.

—¿Quieres un café?

—No.

Valeria se arrodilló junto al hombre.

—¿Deseas conocer el resto de mi departamento?

—Como quieras.

Moría la tarde. Hablaron durante mucho tiempo. Luego lo invitó a pasar al dormitorio. Una vez allí, miró con fijeza en la profundidad extraña de aquellos ojos y se sintió súbitamente poseída por Ariel.

—¡Quiero acostarme contigo!

—¿Realmente lo deseas?

—Sí. Lo deseo.

Valeria se desnudó a toda prisa. Ariel, en tanto, se despojó de su saco. Sus movimientos parecían naturales, como los de cualquier otro hombre, como los de todos esos hombres a los que Valeria se entregaba en un ritual sin sentido; desesperado, inútil. Valeria lo observaba sin articular palabra. El desprendió su cinturón y se quitó el pantalón. Valeria esperó. Ariel, con gesto inmutable, dejó caer su calzoncillo. Valeria profirió un largo grito de espanto. Volvió su rostro hacia la pared, con repugnancia: el hombre carecía de órganos sexuales. En su lugar aparecía un pequeño pero complejo sistema de minúsculos cables y circuitos, que remataban en pequeñísimos botones de colores diferentes. Cuando le fue posible reaccionar, Ariel se había convertido en un recuerdo. Un aterrador recuerdo.

Muchas cosas le dolieron desde aquel día. Su vida volvió a teñirse de gris y una soledad insoportable envolvió su interior. Resultaba irónico aceptarlo, pero había llegado a amar a un hombre no humano, un hombre que jamás llegaría a satisfacerla como mujer. Sin embargo, no podía apartarlo de su mente. Sus esfuerzos por olvidarlo resultaron vanos. La imagen de Ariel se había hecho carne en su alma y aquel rostro de mirada serena y profunda se convirtió en una especie de tortura lenta.

Miró el reloj. Marcaba las dos y treinta de la tarde. Detuvo su coche frente a un hombre que esperaba algo apoyado en la puerta principal de un edificio, mientras fumaba con gesto despreocupado. Abrió la puerta y, con un leve movimiento de cabeza, lo invitó a subir. El hombre se acomodó en el asiento y deslizó su mano hacia el vientre de la mujer. Valeria permaneció absorta en algo desconocido y permitió que él la tocara sin resistirse. Apretó el acelerador en silencio y guió el automóvil en dirección a su

departamento.

El espejo visor. Rostros superpuestos. Cabellos flotantes. Sienes amplias. Extraña ingravidez. ¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo! ¡Créalo! ¡Créalo!…

Valeria se desnudó y esperó sin ocultar su ansiedad. El hombre se despojó de su saco y lo tiró sobre una silla con desprecio. Sin mucha prisa, hizo lo propio con su camisa.

—¡Bájate los pantalones! —exclamó Valeria.

El hombre la miró sorprendido.

—¿Qué sucede?

—¡Quiero ver lo que cuelga entre tus piernas!

El hombre lanzó una carcajada. Bajó sus pantalones, dejó caer su calzoncillo y expuso sus órganos sexuales con un gesto irónico.

—¿Conforme?

Valeria suspiró aliviada.

Muchas fueron las ocasiones en que sus impulsos la llevaron hasta la intimidad de aquel pequeño café, siempre con la vana ilusión de encontrarse con Ariel, pero él había desaparecido sin dejar rastros. Tampoco le fue posible ubicarlo en las calles de la ciudad. ¿Qué objeto tiene buscarlo? Su reacción fue a todas luces normal, una actitud normal en un hombre que no lo es. ¡Amar a un hombre que me podría dar todo, menos placer carnal!

Miró su rostro en el espejo. Creyó envejecer súbitamente. La imagen de Ariel, en cambio, se conservaba intacta. Ariel se conservaría siempre igual. No así ella, que sucumbiría ante el paso de los años, hasta convertirse en una anciana. Ariel sólo podía ser destruido, ya que en él no tenía cabida el sentido de la muerte ni tampoco el de la vejez. Solamente la destrucción. El equilibrio deseado. Rostros superpuestos. Cabellos flotantes. Extraña ingravidez. Mudo recuerdo.

Guió en silencio su automóvil por las calles de la ciudad. Aún existían rincones que ella desconocía… ¿Por qué no intentar conocerlos ahora? El momento parecía propicio. Todo cuanto tenía que hacer era oprimir el acelerador, dejándose llevar por la velocidad, y detenerse luego en cualquier lugar y observar algo desconocido para sus ojos.

Miró el reloj; marcaba las once de la noche. Ignoraba dónde se encontraba. Respiró profundamente y permaneció reclinada en el asiento, escuchando música hasta que el sueño la venció. La imagen de Ariel se presentó en sus sueños en una forma inusual. Su cuerpo

desnudo, mostrando un hueco oscuro en el lugar preciso donde debían estar los órganos sexuales. Lanzó un grito de horror, volviendo a la realidad. Miró de nuevo el reloj: las dos de la mañana. Intentó sin ganas accionar el cambio. Una mano se aferró con fuerza inusitada a la suya.

Era Ariel.

—¿Por qué volvió? —preguntó Valeria.

—Usted merecía una explicación de mi parte.

—¿Quiere hacer el favor de soltar mi mano?



—Perdone. Me marcharé al instante si usted lo desea.

—¡No! —Un pensamiento morboso sacudió la mente de Valeria—. ¿Le agradaría dar un paseo conmigo?

—¿Qué sentido tiene?

—¡No puedo olvidarme de usted!

—¡Pues tendrá que hacerlo!

Ariel hizo ademán de marcharse. Valeria lo detuvo.

—¡Por favor! —dijo en tono de súplica—. Sólo deseo que me acompañe un momento.

—Como quiera.

Valeria apretó el acelerador con fuerza, lanzándose en veloz carrera hacia las afueras de la ciudad. Ariel observó el velocímetro sin inmutarse. Valeria detuvo el automóvil cerca de un profundo precipicio.

—Me sentí muy mal aquel día —explicó.

—Lo sé.

Volvió el rostro inundado de lágrimas hacia Ariel.

—Cuando lo conocí, la palabra “amor” tuvo un significado exacto para mí. Lo tiene ahora que sé que usted no es humano. Lo tendrá siempre que nos sea posible estar juntos. ¡Pero usted no puede entender nada de eso! Y ese es el dolor que consume mi vida. Saber que cuando me convierta en una vieja decrépita usted permanecerá inmune al deterioro obligado del tiempo. A menos… a menos que alguien lo destruya antes.

—Ignoro mi tiempo de vida/duración.

—¡Pero usted puede ser reconstituido en cualquier momento! ¿Quién me devolverá la juventud perdida, todo lo que quedó a mis espaldas? ¡No soy una máquina y usted, aún cuando tenga la bendita capacidad de emocionarse, no es ni será nunca un ser humano! ¡Entienda que estoy enamorada de la imagen de un hombre que no lo es!

—Tiene usted sobrada razón. De esto se deduce que la única solución posible sería no vernos más.

Valeria permaneció en silencio. Descendió del automóvil como una sonámbula, caminó en dirección al precipicio y miró su profundidad. Elevó los ojos al cielo. La luna estaba en su apogeo e iluminaba con blancura radiante la superficie de la tierra. Ariel se acercó a Valeria. Se miraron un instante. Valeria alargó sus manos y él, entendiendo el gesto, las tomó con rara fuerza, en una expresión de extraña ansiedad. Después se confundieron en un abrazo sugestivamente mortal.

Un instante después él se apartó.

—¡Esto es absurdo! —exclamó.

Valeria dio un paso adelante.

—No tiene que lamentarse. Mis sentimientos ignoran en este momento que usted no es humano.

—Créame que estoy deseando serlo, aún cuando sé que habrá de ser imposible.

Valeria miró por última vez a su compañero. Era necesario destruir esa imagen obsesiva que devoraba su mente. Lo único que tenía que hacer era empujarlo a las profundidades del abismo y todo terminaría en un segundo. Podría entonces envejecer libremente, pensando que alguna vez se había sentido atraída, o fatalmente poseída, por un hombre creado por otro hombre. *De este modo Ariel envejecerá junto a mí.*

Cerró los ojos y, con un violento empujón, lanzó al abismo una imagen, un torturante recuerdo. Después se sintió libre. Amargamente libre.

El amanecer la encontró en su departamento, tendida en su lecho, desnuda y envuelta en humo y silencio.

Detuvo el automóvil frente a un hombre que esperaba algo apoyado en la puerta principal de un edificio cualquiera, mientras fumaba con gesto despreocupado. El hombre se acomodó en el asiento y deslizó su mano por el vientre de la mujer. Valeria trató de ignorar el rostro de aquel hombre. Sus labios dejaron escapar una palabra: Ariel. El hombre

miró sorprendido a la mujer.

—¡Mi nombre no es Ariel!

—No tiene importancia; lo que harás conmigo puede hacerlo cualquier hombre con sus órganos sexuales completos.

El hombre rió de buena gana.

—¿Qué te hace suponer que no los tenga?

Valeria inclinó la cabeza en una expresión de profunda tristeza.

—Nada. Yo me entiendo.

Miró su reloj; marcaba las doce y treinta de la noche. Oprimió con desgano el botón que accionaba el ascensor. Pensó en Ariel. Era tonto suponer que había eliminado una vida. Sin embargo, cabía en ella una pregunta: ¿Al empujarlo a las profundidades del abismo, no había eliminado algo de sí misma?

El ascensor se detuvo. Observó el largo pasillo que la separaba de la puerta de su departamento. Por un momento sintió un desesperado deseo de encontrarse con Ariel. *No consigo olvidarlo, ¿Por qué?*

Escuchó el sonido de sus tacos. Parecía que cualquier sonido, por insignificante que fuera, tenía la desesperante virtud de sacudir su cuerpo y destrozar sus nervios. La puerta de su departamento estaba cada vez más cerca. Sabía que envejecería como el resto de los mortales, como el reducido número de mortales que poblaba la Tierra. Tampoco ignoraba que había perdido la capacidad de engendrar. Las radiaciones no sólo habían convertido a la Tierra en un planeta casi muerto y estéril, sino que esa esterilidad había alcanzado también a hombres y mujeres. Por lo tanto la raza humana estaba condenada a desaparecer. Tal vez aquel científico había querido crear un ser similar al hombre con el propósito desesperado de conservar de algún modo la especie humana. ¿Qué diferencia existía entonces entre Ariel y ella? Ariel carecía de órganos sexuales, ella no; pero, ¿de qué le servían?

Accionó la llave, abrió la puerta y oprimió el botón de la luz.

En uno de los sillones se encontraba cómodamente sentado el hombre de cabellos grises, el que en una oportunidad Ariel había definido como su progenitor.

—¿Cómo consiguió entrar? —interrogó Valeria.

El hombre no se inmutó.

—Eso no tiene importancia.

Valeria echó un vistazo rápido a la cerradura.

—¡Puedo denunciarlo por violación de domicilio!

El hombre se encogió de hombros.

—Le aconsejo que no lo intente. Mejor dicho, creo que no tendría oportunidad de hacerlo.

Valeria, con indiferencia, ocupó otro sillón. Sin perder la calma, preguntó: —¿A qué debo su visita?

—¿Está comenzando a ser amable conmigo?

Valeria suspiró fastidiada.

—¿Qué otro remedio me queda?

—¿Dónde está Ariel?

—¡No sé de qué me habla!

El hombre ignoró la respuesta de Valeria y prosiguió con su interrogatorio:

—Sé muy bien que mantuvo relaciones con él.

Valeria lanzó una risa forzada.

—¿Con una máquina pensante? ¡Ridículo!

—Ariel-1 no era una máquina pensante. Y usted lo sabe mejor que yo.

—¿De qué me acusa?

—Por ahora de nada. Sólo deseo sabe dónde se encuentra él.

—Se mezcló entre los seres humanos, algo que usted deseaba muy íntimamente. ¿Qué le hace suponer que yo sea la persona indicada para suministrar datos de su paradero?

—Usted fue la última persona que fue vista con Ariel-1. ¡No lo niegue! Además, usted es una mujer de tipo sentimental, un caso curio so en nuestros tiempos, y cree en la palabra “amor”. Un hecho para destacar, por supuesto, tan extraño como el hombre que hemos creado, pero que, lamentablemente, la convierte en una mujer peligrosa para los fines que perseguimos.

—¡Le repito que no sé nada acerca de la existencia de ese

hombre!

—He aquí un detalle muy significativo, que delata gran parte de sus sentimientos frustrados, ya que él no era un hombre.

—Lo es en apariencia.

—Estamos de acuerdo. Sólo que usted descubrió la verdad del asunto cuando intentó acostarse con él. ¿No es así?

Valeria se levantó. Las preguntas del hombre de cabellos grises le estaban haciendo daño. Apoyó el rostro contra el ventanal.

—¡No quiero recordar nada!

—¡Niéguelo! —replicó airadamente el hombre.

Valeria trató de contener las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

—¡No le diré nada! ¡No tengo ninguna obligación de hacerlo!… ¡Y le reitero que no sé de qué me habla!

—¿Es su última palabra?

—Es mi última palabra.

El hombre de cabellos grises frunció el ceño y se dirigió a la puerta de entrada sin articular palabra. Valeria lo detuvo con un grito.

—¡Usted no puede acusarme de nada!

El hombre contuvo la respiración.

—Es verdad, no puedo probar nada en su contra.

Hizo ademán de abrir la puerta y Valeria, en un desesperado impulso, trató de impedírselo.

—¿Qué es lo que va a hacer?

El hombre sonrió de una forma irónica.

—¿Qué seguridad puedo tener, desde ahora, de conciliar el sueño?

—Exactamente la misma que tiene para ocultarme la verdad.

El hombre de cabellos grises abrió la puerta y la cerró tras de sí con un golpe seco. Valeria corrió hasta su dormitorio y se dejó caer sobre la cama, estallando en sollozos amargos. El amanecer la encontró tendida ahí, desnuda y fumando un cigarrillo, uno de los tantos que había consumido esa noche.

¿Qué seguridad puedo tener desde ahora de conciliar el sueño?

¡Exactamente la misma que tiene para ocultarme la verdad!

Oprimió el acelerador con fuerza y se dirigió a gran velocidad hacia el centro de la ciudad. Accionó un botón y apareció el

periódico del día por un pequeño tobogán. Grandes titulares anunciaban la desaparición de Ariel-1.

SE TEME POR LA VIDA DEL HOMBRE CREADO EN UN LABORATORIO

Valeria apretó nerviosamente el periódico contra su cuerpo. Se hablaba de la vida de Ariel-1. Intentó rebelarse. ¡Cómo pueden hablar de la vida de un hombre que no lo es! *Yo ignoraba que se trataba de un ser no humano*.

Sintió súbitamente la fría sensación de que era observada. Lo ignoraba, es verdad, pero…

Simuló leer el periódico. *Alguien está observando de cerca mis movimientos. Debo marcharme*. Accionó los cambios de su automóvil y en escasos minutos lo detuvo frente a su departamento. Se dejó llevar como una autómata por el ascensor. No pudo evitar que un sudor frío le inundara el cuerpo. Cerró tras de sí la puerta principal del departamento y permaneció apoyada en ella con los ojos entrecerrados. Cuando abandonó esa posición revisó la cerradura con angustia. No pudo precisar si era la misma o había sido cambiada. No le sería posible conciliar el sueño. Tampoco gozar de la quietud de su cuarto. Intentó gritar. *Yo amé a un ser no humano llamado Ariel, pero…*

Se dejó caer en su lecho, colocándose con la cabeza oscilando entre el piso y el borde de la cama, como si la muerte comenzara a insinuarse en ella de una manera misteriosamente sospechosa. *Alguien quiere matarme, lo sé. Pero, ¿por qué? Yo ignoraba que…* Se interrumpió. Ese tipo de justificaciones carecía de valor; sabía muy bien que con esas palabras no convencería a nadie. Trató de relajarse. Cerró la puerta del dormitorio, algo que no hacía con demasiada frecuencia. En una atmósfera enrarecida de presagios, presintió que empezaba a envolverla un peligro desconocido. Evitó desnudarse. Un raro pudor aprisionaba su piel. Experimentó la desagradable impresión de que era observada desde algún rincón oculto de su departamento. Abandonó el lecho de un salto y recorrió todo con la mirada. Revisó una vez más la cerradura. Se sentía confundida. *Alguien me observa, lo sé.* Decidió ingerir una pastilla para dormir. Pero enseguida desistió de tal propósito. *Eso es precisamente lo que él o ellos quieren.* Abrió la puerta de la heladera; deseaba beber un poco de agua fría. Necesitaba dormir; tenía que lograrlo de algún modo.

Se dirigió al living. Pensó en la forma de dormir con cierta tranquilidad. Bebió un sorbo de agua. Tenía un gusto horrible. Sus ojos se desviaron hacia la pantalla del televisor. Abrió un cajón y observó las pequeñas placas programadas. Después de un momento

de indecisión eligió una, la única que tenía la virtud de tranquilizarla. Se trataba de la sinfonía *Nuevo Mundo* de Dvorak, que la transportaba a ese mundo olvidado del siglo veinte, donde los árboles, la tierra sembrada, el agua serpenteante y aquellos animales que se movían entre el follaje configuraban un lenguaje ancestral muy particular. Una época en la que existían campos maravillosamente verdes y la vida se desarrollaba en medio del cambio suave de las estaciones y donde una flor tenía su razón de ser, aún cuando su duración y su belleza fuesen efímeras. A través de las imágenes proyectadas en la pantalla aparecían seres como ella, extrañamente ataviados con plumas multicolores, que danzaban con frenesí hasta caer rendidos en la tierra.

Oprimió un botón. Los sonidos de la sinfonía se extendieron por toda la habitación. Valeria suspiró de placer. Nadie podría ser capaz de arrebatarle esa intimidad necesaria, ni siquiera Ariel. Tampoco ese hombre; su progenitor.

En cada sonido se mezclaba la vida y la muerte. En ese maravilloso espacio de tiempo su cuerpo parecía flotar de felicidad. Cerró los ojos y pensó en Ariel. Imaginó a la habitación inundada de un fasci nante color azul, donde se recortaba la figura de Ariel, desnudo y con órganos sexuales completos, como los de un hombre normal. Su cuerpo y el de Ariel se unieron en el espacio, mientras el agradable sonido de aquella sinfonía los transportaba hacia lugares desconocidos y de ensueño, donde sólo existía lugar para ellos dos, como aquel paraíso remoto del que se hablaba al mencionar los orígenes de la Tierra. Deseaba que el sueño se convirtiera en realidad. Sin embargo, el esfuerzo fue infructuoso. Al abrir los ojos notó con espanto que la pantalla del televisor emitía las imágenes que acababa de soñar. Alguien había conseguido captarlas, transformándolas en una secuencia que delataba sus relaciones con Ariel. Miró a su alrededor. Observó la placa programada. La habían cambiado. *¡No podrán probar nada!* Sintió que las fuerzas la abandonaban. Se trataba sólo de un sueño. Una rara somnolencia se apoderó de ella. Se desplomó sobre el piso. Alguien volvió a colocar la placa con la sinfonía de Dvorak. *¿Qué tratan de hacer conmigo? ¿Qué tratan de… hacer… conmi…?*

Cuando volvió en sí, se encontró sentada en un gran sillón. Potentes reflectores iluminaban su rostro con violencia. Intentó moverse. Por un momento experimentó la desagradable sensación de carecer de cuerpo. Frente a ella se extendía una pantalla enorme, donde pudo ver su propia imagen ampliada de un modo increíble. Advirtió que su cabeza se encontraba aprisionada por una gran cantidad de cables y circuitos, que remataban en una máquina enorme. Esta emitía

señales luminosas en relación directa con sus reacciones. Junto a la pantalla estaba el hombre de cabellos grises, observándola.

El hombre oprimió un botón rojo y Valeria sintió que algo extraño dominaba su cerebro, obligándola a actuar contra su voluntad. El hombre de cabellos grises encendió un cigarrillo. Después, con gesto preocupado, se dio a la tarea de leer un papel que liberaba la máquina con lentitud.

PREGUNTA 1: ¿Qué relación tuvo usted con Ariel-1?

INTERROGADA: ¡Ninguna!

COMENTARIO 1: Tengo la absoluta certeza de que usted miente.

INTERROGADA: ¡Eso no le incumbe a usted ni a nadie!

COMENTARIO 2: Tardamos años en crear un hombre semejante al ser humano. Por lo tanto, es muy duro aceptar que haya sido destruido, víctima de los oscuros impulsos afectivos de una mujer mediocre.

INTERROGADA (ofendida): ¡No soy una mujer mediocre!

PREGUNTA 2: ¿Entonces, por qué actúa como si lo fuera?

INTERROGADA: Acepto que poseo sentimientos, que puedo emocionarme y que he tratado de actuar como una mujer… (Se interrumpe.)

PREGUNTA 3: ¿De qué época?

INTERROGADA: ¿Qué importancia tiene?

COMENTARIO 3: ¡Es ridículo que actúe de esa manera!

INTERROGADA: ¡Se trata de mi vida! (Comienza a llorar.)

PREGUNTA 4: ¿Por qué llora?

INTERROGADA: ¡Porque sentí la imperiosa necesidad de hacerlo!

COMENTARIO 4: Es obvio que sus reacciones primitivas, incluyendo esos absurdos instintos, la colocan a usted en una situación muy delicada.

INTERROGADA: ¿Por qué?

ACUSACION 1: Porque suponemos que usted sabe con exactitud dónde se encuentra Ariel-1.

INTERROGADA: ¡Lo que ustedes suponen es absurdo!

COMENTARIO 5: No lo es. Si usted mantuvo relaciones con Ariel-1 debe saber su paradero actual.

INTERROGADA: ¡Juro que no lo sé!

PREGUNTA 5: ¿Es usted espía?

INTERROGADA: ¡No! ¿Por qué lo pregunta?

DETALLE 1: Alguien podría utilizarla con fines opuestos a los nuestros, valiéndose de su gran vulnerabilidad emocional y sus torpes instintos.

INTERROGADA: ¡Jamás pensé en algo así!

COMENTARIO 6: Vamos a suponer que no.

INTERROGADA: Entonces, ¡déjeme en paz!

DETALLE 2: Lamentablemente, esos impulsos afectivos que han complicado su controvertida relación con Ariel-1 la han convertido en una mujer peligrosa para nosotros. Por lo tanto quedará en observación hasta tanto decidamos su futuro.

INTERROGADA: ¿Qué tratan de hacer conmigo?

RESPUESTA 1: No le haremos daño.

INTERROGADA: Pensé que se trataba de un hombre normal y… (Se interrumpe.)

PREGUNTA 6: ¿Por qué no continúa?

INTERROGADA (Observa la proyección de su rostro en la pantalla y advierte que se encuentra inundado de lágrimas.): Me es… me es sumamente difícil expresar con palabras lo que sentí por él.

PREGUNTA 7: ¿Amor?

INTERROGADA: ¡No lo sé!

PREGUNTA 8: ¿Acaso sabe el verdadero significado de esa palabra?

INTERROGADA: No lo sé… exactamente. Mejor dicho, no recuerdo su significado.

DETALLE 3: La interrogada miente.

INTERROGADA: ¡Juro que digo la verdad! ¡Tienen que creerme! ¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo! ¡Créalo! ¡Créalo!

DETALLE 4: ¡Esas no son palabras suyas! Estamos seguros de que fue Ariel-1 el que las pronunció. ¿Qué sucede con usted?

INTERROGADA: Por favor; me siento muy confundida.

DETALLE 5: Juzgo conveniente interrumpir el interrogatorio, ya que el complejo mecanismo mental de la interrogada nos impide llegar más lejos.

OBSERVACIONES: La interrogada quedará sometida a una observación constante. Nos preocupan sus reacciones emocionales,

que juzgamos primitivas. No obstante, sacaremos las conclusiones necesarias para dar un corte final a este caso singular.

CORTE.

El hombre de cabellos grises retiró el papel de la máquina y observó con mucha atención su contenido. Alisó sus cabellos y permaneció un momento en una actitud cavilante mientras contemplaba a Valeria que dormía profundamente, recostada en un amplio sofá. Oprimió un botón negro y aparecieron dos hombres de uniforme.

—¿Qué hacemos con ella?

—Llévenla de regreso a su departamento.

—¿Ha desistido de seguir interrogándola?

—Sí.

—¿No convendría insistir?

—No lo considero conveniente por ahora.

—¿Cuáles son sus conclusiones?

—Bueno, es una hermosa mujer, inteligente y con un agudo sentido de la intuición, aunque excesivamente impulsiva. Demasiado, creo.

—¿Su índice de fertilidad?

—Nulo. A simple vista parece que, aunque no sea capaz de concebir, es feliz sexualmente. Muy normal, por supuesto. Y es evidente que su relación con Ariel-1, insistentemente negada por ella, llegó bastante lejos.

—¿Pretende hacernos creer que ella…?

El hombre de cabellos grises interrumpió la pregunta con un gesto y observó con atención el rostro de Valeria.

—Se trata de un raro caso de atavismo.

El hombre de cabellos grises frunció el ceño. Se acercó hasta un amplio ventanal donde se podía apreciar el paisaje artificial que dominaba parte de las afueras de la ciudad.

—¿Sabe el significado exacto de la palabra “amor”? —preguntó en voz baja.

—¿Qué clase de palabra es esa?

Valeria recorrió con la mirada las paredes del dormitorio, como quien descubre algo por primera vez. Abandonó su lecho. Experimentó la sensación extraña de haber dormido mucho, mucho tiempo. El departamento se encontraba en completo desorden. Un

presentimiento oscuro la hizo palidecer. Busco el viejo diccionario en la biblioteca. Había desaparecido. También la placa con la sinfonía *Nuevo Mundo*.

Se sentía mareada y sin apetito. Durante varios minutos lloró amargamente. La imagen obsesiva de Ariel se apoderó una vez más de ella. No quería pensar en Ariel. Al contemplar su cuerpo desnudo en el espejo, no pudo reprimir un grito de horror: una extraña aureola rojiza circundaba su vagina, y junto a ella aparecía un pequeño botón de una rara coloración violácea. Intentó sacárselo, lo que le ocasionó un dolor que le produjo náuseas. Se hallaba adherido con fuerza a su piel.

Abandonó presurosa el departamento. Instalada en su automóvil, apretó con rabia el acelerador y dejó atrás la ciudad en pocos minutos. Miró el asiento libre. Contuvo el aliento. Tenía la sensación de que Ariel se encontraba junto a ella. Claro que era imposible; Ariel se hallaba en las profundidades del abismo, estaba segura. Una duda cruel se apoderó de ella, por lo que decidió volver al lugar, no sin antes cerciorarse de no ser seguida. Desvió el automóvil en esa dirección.

Una vez frente al abismo, trató de mirar su fondo. La oscuridad era total. Sintió entonces el súbito impulso de lanzarse a las profundidades y acabar para siempre con su vida y aquel raro tormento que comenzaba a insinuarse en su mente. La fascinación ejercida por Ariel se conservaba intacta. Con toda su fuerza. Sin embargo alguna fuerza misteriosa se encargó de impedir el suicidio. Retornó a su automóvil desalentada. Mientras manejaba, advirtió que un nuevo cambio había comenzado a operarse en ella. *¿Qué cosa han hecho conmigo? ¿Qué?*

Valeria observó el calendario: dos de enero del año dos mil ciento noventa y nueve. Se miró en el espejo: parecía otra mujer. El reloj marcaba las dos y media de la tarde. Sin saber cómo, se encontró manejando el automóvil. Lo detuvo frente a un hombre que esperaba algo apoyado en la puerta principal de un edificio cualquiera, mientras fumaba con gesto despreocupado. Valeria abrió la puerta y esperó en silencio. El hombre entendió la señal. Se acomodó en el asiento libre y enseguida deslizó su mano por el vientre de la mujer. La mano del hombre no despertó en Valeria ningún tipo de reacción. Su piel parecía haber perdido de pronto toda sensibilidad.

Frenó con brusquedad. El hombre, airado, protestó ante la torpe maniobra de Valeria.

—¿Qué haces, estúpida?

—¡Déjame sola!

—¡Antes quiero que me pagues!

Valeria abrió su cartera y le dio un puñado de billetes.

—¡Ahora lárgate!

—¡Mierda!

Algo extraño le estaba sucediendo. Recordó la enorme pantalla donde había podido apreciar en detalle sus reacciones. También recordó al hombre de cabellos grises, cómodamente sentado junto a la máquina. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo en su interior y sólo aquel hombre podía darle una respuesta satisfactoria en tal sentido. Si lograba ubicarlo.

Regresó a su departamento. Desnuda frente al espejo, observó con mucha atención aquella aureola. También el botón violáceo que tenía adherido a su piel. Palpó sus brazos, sus piernas, su rostro, su cuerpo. Un pensamiento terrible cruzó por su mente. Corrió hacia el baño y se hirió el brazo con un objeto cortante. Sintió la sensación normal de dolor. La sangre roja inundó esa parte de su piel. Cerró los ojos en una expresión de alivio profundo. Seguía siendo ella misma.

Valeria miró el reloj. Marcaba las nueve de la noche. Se dirigió como una autómata al café donde un año atrás había conocido a Ariel. Junto al pequeño bar pidió un whisky. Tal vez la embriaguez se encargaría de borrar todo de su mente, dejándola en blanco por algún tiempo. El color rojizo del ambiente parecía acentuar su impaciencia. Abrió la cartera y extrajo un cigarrillo que colocó con torpeza en sus labios. Buscó el encendedor. La misma fuerza misteriosa que impidió su suicidio la obligaba a retroceder al pasado, cuando ese gesto le sirvió de pretexto para acercarse hasta Ariel. El encendedor se encontraba a su alcance, sin embargo su mano no obedeció la orden. Volvió el rostro hacia la mesa que se encontraba junto a la ventana y ahogó un grito de sorpresa. En aquella mesa se encontraba él, enfundado en su traje oscuro y mirando hacia afuera.

Ariel miró fijamente a Valeria. Su expresión había cambiado. Nada quedaba en él de aquella mirada serena y profunda que irradiaba ternura, seguridad y afecto. Con una sonrisa de ironía y un leve movimiento de cabeza, invitó a Valeria a acercarse a la mesa. Valeria trató de resistirse, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos.

—¿Me da fuego, por favor?

El se negará igual que la primera vez. Estoy segura.

Esperó.

Ariel extrajo un encendedor de uno de sus bolsillos y lo ubicó a la altura de los asombrados ojos de Valeria. Una llama celeste rojiza

iluminó el rostro de ella. Se miraron en silencio. La llama rojiza y celeste pareció dividir extrañamente el rostro imperturbable de Ariel. Valeria sintió que algo se derrumbaba en su interior. Comprendió también que había caído en las sugestivas redes de una trampa misteriosa y envolvente, y aceptó que jamás volvería a ser dueña de sí misma. Algo desconocido y ajeno a su voluntad la ligaba en forma despiadada a ese ser. Todo volvió a repetirse, en tanto la llama rojiza del encendedor, ubicada a la altura de sus ojos, se fue achicando hasta dar paso a la nada; a esa nada enrarecida que se interponía ahora entre ella y Ariel.

Rostros superpuestos. Hombre y mujer. Cabellos flotantes. Sienes amplias. Extraña ingravidez.

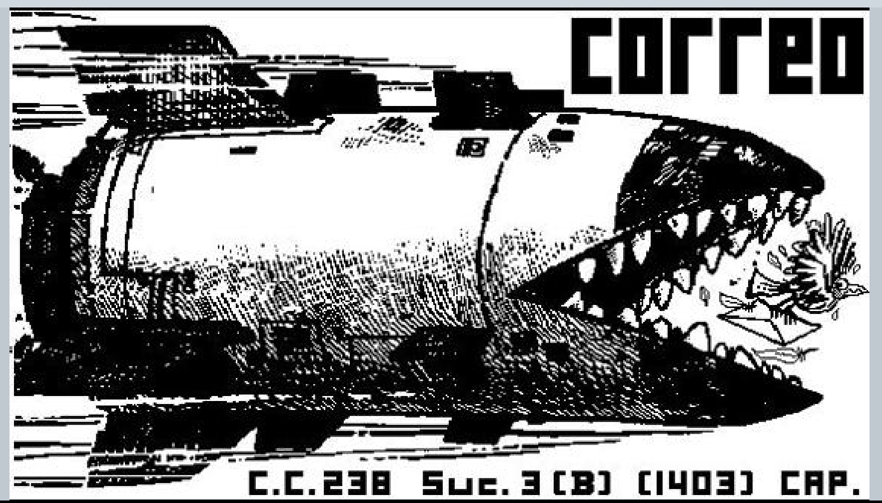
¡Soy capaz de emocionarme! ¡Créalo!… ¡Créalo!… ¡Créalo!…

Rostros superpuestos. Hombre y mujer. Cabellos flotantes. Sienes amplias. Extraña ingravidez.

¡Nada!

Correo 0

septiembre de 1989



Como ustedes se imaginarán, siendo este el número cero de la revista, lo más lógico es que no tengamos ninguna carta.

Pues bien, se imaginaron lo correcto.

...

MCVI A.S. (Mil ciento seis años Antes de Susi)

José Altamirano

Llegamos al muelle tras dos horas de tranquila caminata. Estaba desierto como casi siempre, por lo que nos tumbamos en la hierba suave y verde a esperar el paso de la barca que remonta el río. Madre hurga en su canasta de viaje y reparte fetas de fiambre entre rebanadas de pan que comemos de cara al cielo. Tenemos tiempo, la familia llegará recién al atardecer.

En otro momento hubiera disfrutado aún más la excursión. Seguramente me las habría ingeniado para burlar la vigilancia de Madre, ocultando entre mi ropa un sedal provisto de un buen anzuelo que, encarnado con alguna lombriz encontrada en el barro de la orilla, arrastraría tras la estela de la lancha. Pero hoy es un día muy especial; estreno ropas nuevas y limpias, tengo la piel todavía enrojecida por la friega y hasta el cabello recortado y bien peinado. Calzo incómodos zapatos que raras veces uso y tengo terminantemente prohibida cualquier actividad que implique riesgo de suciedad.

Sucede que hace una semana recibimos la noticia de la llegada de vecinos y desde entonces todo fue preparativos y apurones para acondicionar la casa, ya que la nueva familia permanecerá con nosotros hasta levantar su propia granja muy cerca, al otro lado del valle. Padres estaban muy contentos; en realidad, nunca los vi tan felices. “¡Era hora que mandaran gente al valle!” decía Padre con el ceño fruncido, pero se lo notaba satisfecho. “No podrán quejarse, menos comodidades encontramos nosotros cuando llegamos”, murmuraba Madre en tono agresivo. Pero frotaba y barría y volvía a frotar para que las habitaciones de nuestros huéspedes brillaran de tan limpias.

Yo también recibí mi parte. Durante la semana llovieron recomendaciones y sermones. Es que los nuevos vecinos son tres: Padre, Madre y Niña. Deberé ser amable y gentil con Niña, eso me ordenaron.

Y no es que me moleste agasajar a Niña, todo lo contrario. Me siento muy solo a veces y siempre sueño con un amigo con quien jugar y pasear y compartir los trabajos de la granja. La vez que Muir tuvo cría, cinco cachorros muy divertidos, todo plumas y dientes afilados, le pregunté a Madre por qué ella había parido sólo un cachorro y recibí una larga explicación que no entendí acerca de ecologías contaminadas, niños deformes y Madres y Padres estériles o casi. Dijo Madre que ella había tenido mucha suerte al poder parir

por lo menos un cachorro tan lindo y sano, y me abrazó y estrujó y me hizo todo ese tipo de cosas que hacen Madres cuando se ponen cargosas y tontas.

Pero volviendo al problema de Niña, ¿cómo me las arreglaré para agradarle, qué puedo ofrecerle? A ella, que viene nada menos que de Tierra, un mundo maravilloso, todo metal, cemento y vidrio. Lo sé porque he visto hasta el aburrimiento los videos que Padres no se cansan de proyectar una y otra vez. Y aunque siempre terminan felicitándose por su suerte al haber conseguido un lugar en la Lanzadera, a veces recuerdan nombres de amigos y familiares que quedaron en Tierra. Porque en Tierra todos tienen nombres, no como aquí que somos tan pocos que no hacen falta. Y mientras recuerdan, suspiran con pena y Madre pestañea rápido, como para impedir las lágrimas. Extrañan a Tierra y no pueden ocultarlo.

Yo nací en Tierrados; no conozco y seguramente nunca llegaré a conocer el planeta de Padres, pero sueño con sus ciudades envueltas en bruma, con los lagos burbujeantes de la Zonas Contaminadas y con sus océanos, marrones y espesos.

El menor de los soles ya está alto cuando llega la embarcación y me aparta de mis sueños y preocupaciones. Es una lancha grande y fuerte, que bate el agua con una gran paleta a popa y echa humo y chispas por la chimenea. El conductor atraca y su ayudante nos alcanza algunas cajas que Padre había encargado hace tiempo en la Proveduría. Las api lamos en el muelle hasta nuestro regreso y nos ubicamos en uno de los tablones laterales junto a un viejo granjero y su esposa. El anciano responde con un gruñido al intento de Padre por entablar conversación, pero Madre tiene más suerte con la mujer. No hay niños; el viaje hasta la Lanzadera es largo y no promete ser muy entretenido.

¡Dios, que aburrido le parecerá Tierrados a Niña! Repaso mentalmente la poca diversión que puedo ofrecerle, veamos: una excursión hasta el cañadón donde crecen las flores de cristal y escuchar las melodías que el viento les arranca al agitar los pétalos blancos como el hielo.

También podríamos caminar hasta el bosque, de árboles tan altos que sus copas se pierden entre las nubes. Es divertido ver a los guzzies desplegar sus finas membranas y arrojarse al vacío hasta que una corriente cálida los impulsa nuevamente hacia lo alto, girando y planeando, absorbiendo los rayos solares, alimentándose de ellos y dejando tras de si las chispas multicolores de sus deshechos.

Cuando llegue la estación cálida, buscaríamos pequeñas frutas

de cimbra, tan dulces y tan difíciles de encontrar en medio de la maleza… ¿No extrañará Niña el sabor de las cápsulas vitamínicas que se cosechan en Tierra? ¿No sabrán desabridos para ella nuestros guisos y pucheros?

Con una sacudida, la lancha atraca en el muelle. A lo lejos, la estructura de la Lanzadera se recorta en la llanura. No podremos acercarnos demasiado por la polarización de los campos de fuerza, o algo así explica Padre. Esperamos y esperamos, el lanzamiento no tiene horario fijo. Lo sé por las otras veces, cuando vinimos por herramientas y semillas que nos enviaban desde Tierra. Padre protesta por lo espaciado de los lanzamientos; la evacuación es lenta dice y aprovecha para repetirnos su conferencia favorita: cómo solucionar el problema de la gran cantidad de energía que necesitan las lanzaderas.

Pero el momento llega. Nos damos cuenta porque el aire sobre la plataforma parece vibrar y el paisaje detrás de ella ondula y se deforma. Miríadas de puntitos brillantes giran y se desplazan alocadamente: tejen la urdiembre de los cuerpos que se materializan sobre la plancha de metal, y a pesar de la distancia, llega hasta nosotros el penetrante olor a tierra mojada que caracteriza el lanzamiento.

Ya están aquí. Parados sobre la plataforma miran desconcertados a su alrededor. No puedo distinguir sus facciones, estamos separados todavía por la faja de seguridad, pero advierto que los tres son muy flacos y pálidos. Entreveo la figura de Niña que se protege temerosa tras los pocos bultos que se permiten como equipaje.

Comenzamos a acercarnos lentamente. Ellos vacilan, miran el suelo delante suyo como si de repente fuera a abrirse bajo sus pies y tragarlos. Madre apura el paso y abre los brazos para recibir a la otra Madre. Padre camina también hacia el otro Padre con una ancha sonrisa en su rostro fuerte y moreno.

Padre de Niña es el primero en moverse. Adelanta un pie, luego el otro. Tantea receloso el césped duro y salvaje que crece junto a la plataforma, y a continuación hace algo tan insólito que por un momento dejo de observar a Niña: emite lo que me parece un sollozo y cae de rodillas, cubriéndose la cara con las manos. Siento como el alma se me escurre hasta los pies. ¿Tan, pero tan desagradable es nuestro mundo que Padre de Niña se resiste a mirarlo?

Pero después hace algo más extraño todavía: escarba entre la hierba y recoge un puñado de tierra, la mira con los ojos llenos de

lágrimas y la deja escapar lentamente. Luego lame el poco que quedó en su palma, la saborea, la hace crujir entre sus dientes y la traga. Madre se abraza a Madre de Niña que también llora. Ahora los Padres se estrechan fuerte las manos y se palmean el hombro. En silencio, como hacen ellos, que jamás saben expresar con palabras lo que sienten.

Yo miro a Niña y Niña me mira a mí. Es pequeña y rubia; el largo cabello que le cubre los hombros enmarca una carita moteada de puntitos marrones donde se destacan los ojos grandes, color del mar.

Tendré que acostumbrarme a no llamarla simplemente Niña. El nombre de Niña es María.

Es bello el nombre de Niña. María, me repito para mí al acercarme. María, y siento desbordar un dique inédito, dolorosamente tierno, en mis entrañas.

María, y sé, positivamente sé que amo a Niña con todas las fuerzas de mis trece años. Me detengo junto a ella y aunque me falten las palabras y mi cara arda como brasas, le prometo en silencio hacer lo imposible para que sea feliz en Tierrados y para que nunca, nunca, suspire nostálgica por las maravillas que abandonó para siempre en su hermoso mundo.

En el próximo número

Axxón









Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**